

Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador
Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría en Estudios de la Cultura
Mención en Políticas Culturales

Los objetos puros enloquecen
Cuatro historias migrantes de mujeres venezolanas en Quito (2014 - 2019)

Gina Gabriela López Realpe
Tutora: Alicia del Rosario Ortega Caicedo

Quito, 2019



Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Gina Gabriela López Realpe, autora de la tesis intitulada “Los objetos puros enloquecen: Cuatro historias migrantes de mujeres venezolanas en Quito a través de su cultura material (2014 - 2019)”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

11 de noviembre de 2019

Firma: _____

Resumen

Esta tesis conjuga los estudios de migraciones y los estudios de cultura material. Analiza la relación que las personas y, particularmente, las mujeres mantienen con los objetos que trasladaron consigo en sus viajes migratorios desde Venezuela hacia Ecuador. En tanto, busca comprender la experiencia migratoria en clave subjetiva. Además, entender a la movilidad como una pulsión infinita en nuestra condición humana de seres en falta. Por eso, parte de narraciones sensibles y dialógicas para dar cuenta de uno de los múltiples rostros de las crecientes migraciones Sur-Sur.

De este modo, la investigación ha sido estructurada en torno a dos unidades de análisis: objetos, movilidad y memoria; objetos, subjetividad y afectos. La primera unidad se concentra en la habitabilidad y las características principales de los objetos migratorios, redimensionados desde el género, como conexiones con las experiencias biográficas. Por otro lado, la segunda unidad se decanta por el rol de las experiencias migratorias, acompañadas por los objetos, en la construcción de las subjetividades. Esto sin dejar de considerar la dimensión afectiva.

Las principales conclusiones de esta tesis se centran en revelar que lo que caracteriza al viaje, más allá del desplazamiento geográfico, lingüístico o corporal, es la transformación no solo de las viajeras, sino también de la comunidad humana que las acoge o las rechaza. También, dejan entrever la capacidad de agenciamiento social ejercida por los objetos autónomamente. Igualmente, tratan de demostrar que allí donde los cruces son posibles empieza a dibujarse el mapa de una nueva sociedad, con formas nuevas de producción y reproducción de la vida.

Palabras clave: cultura material, objetos, migración, mujeres, éxodo venezolano, Quito, subjetividad, afectos

A mi hermana gemela Paola López, por transmitirme su amor por la etnografía y la curiosidad infinita.

A mi hermana pequeña Grace López, por enseñarme la pasión por la vida, la valentía del viaje y la importancia de saber recomenzar.

A Alicia Ortega, la mejor directora de tesis y profesora que pude desear, por su paciencia y cariño.

Agradecimientos

Gracias a Maryll, Sonia, Roxy, Maye, Alexandra y Nany por sus historias. También, por acogerme en sus espacios a pesar de todos los retos cotidianos, por enseñarme que todo cuerpo es cartografía y constelación, y por hacerme soñar que como mujeres estamos naciendo un mundo nuevo.

Gracias a mis amigo/as y familiares por la escucha, las sugerencias y la contención, que no dejaron convertir este proceso en algo angustioso y solitario. También, gracias a mis compañero/as y profesores de la maestría por la lucidez, la energía creativa y crítica, y la militancia que aportaron a mi vida.

Tabla de contenidos

Introducción.....	13
Capítulo primero: Las cosas en que habitamos: memorias y objetos migrantes.....	19
1. La virgen “arrecha” de Maryll.....	23
2. El <i>necesar</i> y el anillo de Sonia	27
3. La camisa sin lavar y el <i>dremel</i> de Roxy.....	34
4. De la almohada de Maye al origami de billete de <i>Las Reinas Pepiadas</i>	39
5. Un sitio muy pequeño, relocalizando lo habitable	47
Capítulo segundo: Los cruces: historias y tránsitos migrantes.....	51
1. Entre la tristeza y la esperanza	54
2. Lo extraño familiar	59
3. Del “sujeto” de cultura a la agente de cambio histórico.....	66
Conclusiones.....	71
Bibliografía.....	77
Anexos	83

Introducción

Los seres humanos cruzamos fronteras desde que nacemos. Vamos del oscuro vientre a la claridad del mundo, de la inocencia a la experiencia, de los sueños a lo cotidiano, de la infancia a la adultez. Todos conocemos y vivimos las fronteras, que se muestran como marcas de desprendimiento o como huellas impresas en la memoria. Por lo tanto, los seres humanos somos un tejido de fronteras y líneas divisorias. Me atrevería a decir que son los procesos de cruce los que mejor permiten entender los cambios globales a los que nos enfrentamos. Por esta razón, la presente investigación se centra en el desplazamiento físico de un lugar a otro como pretexto para indagar con más detalle acerca de las fronteras intangibles y los puntos de inflexión que nos atañen como especie.

Concretamente, la migración constituye una de las principales prácticas de cruce que pone en cuestión la arquitectura política y legal del colonialismo, la diferencia sexual y el Estado-nación. Es un fenómeno multifacético, puesto que no podemos concebir sus enormes efectos y dimensiones aisladamente, porque al ser a la vez jurídico, económico, religioso e, incluso, estético pone en juego a la sociedad y sus instituciones en general. Actualmente, nuestra capacidad de desplazamiento se ha radicalizado con la expansión del sistema capitalista y la globalización. Es uno de los procesos sociales que más está transformando las sociedades tanto en los países receptores como en los de origen. Asimismo, la profundización de la crisis económica global y el endurecimiento de los controles migratorios en EE.UU. y Europa han configurado nuevas dinámicas migratorias vinculadas al retorno y la circularidad, nuevos corredores de migración y las denominadas migraciones cualificadas.

A pesar de que el patrón más ampliamente estudiado de las migraciones internacionales se ha centrado en la relación sur-norte, que se refiere a desplazamientos que van desde áreas con escaso desarrollo hacia otras que son más atractivas por sus posibilidades laborales y económicas, se ha consolidado la construcción de una red migratoria sur-sur, que nos plantea renovadas interrogantes en el marco de la integración regional. En este contexto, Ecuador se ha transformado en un destino de migraciones por crisis económicas y desastres naturales. En los últimos años, tras el creciente éxodo venezolano, Ecuador se ha convertido en el cuarto país que alberga la mayor población de venezolanos refugiados y migrantes en América Latina y el Caribe, después de Colombia, Perú y Chile según reporte conjunto de febrero de 2019 del Alto Comisionado

de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

La migración implica una serie de impactantes procesos cognitivos, motivacionales y afectivos. De esta manera, la presente investigación busca asumir el diálogo y el conflicto entre varios tiempos y lugares como elemento principal en la reconfiguración de las vidas y universos culturales de cuatro mujeres venezolanas que migraron a Quito en el último lustro, a partir de los objetos que las acompañaron en su viaje migratorio. En tanto, analizaremos, desde una perspectiva más íntima y cotidiana, ¿cuál es la relación entre el objeto y el sujeto migrante y cómo esta puede permitirnos comprender la experiencia migratoria intrarregional? En este sentido, la investigación como objetivo general busca: Analizar la relación entre los objetos y sujetos migrantes para entender la experiencia migratoria intrarregional de mujeres. Adicionalmente, como objetivos específicos pretende reflexionar sobre la vida social de los objetos y evidenciar la dimensión emocional del fenómeno de la migración y sus efectos.

El fenómeno migratorio en Ecuador ha sido investigado desde el ámbito de los derechos laborales, la movilidad laboral, la integración social, entre otros. No obstante, se ha tendido a dejar de lado perspectivas más vivenciales que consideren las experiencias y los procesos de relocalización de los migrantes, redimensionadas por el género, desde sus propios objetos. La dimensión emocional es un aspecto importante, en general, poco reconocido y estudiado. Consecuentemente, esta tesis aportará con nuevos análisis en esta línea. Adicionalmente, la tendencia a centralizar las reflexiones y las políticas migratorias en la dinámica sur-norte ha traído consigo la invisibilización y el silenciamiento de otros flujos migratorios igual de significativos. Por este motivo, este estudio contribuirá con algunas especificidades acerca de los progresivos flujos intrarregionales.

Igualmente, en medida que todavía no se evidencia una relación sólida de participación inclusiva entre los migrantes venezolanos y los habitantes de la ciudad de acogida, indagaciones como esta son pertinentes porque permiten apreciar ciertas condiciones subjetivas y humanas compartidas que posibilitarían criticar y combatir discursos racistas, xenófobos y nacionalistas que se fundamentan en la negación del “otro”. Este trabajo es una invitación a apostar por el particularismo y las historias individuales para trascender anuladores relatos masificantes. En definitiva, este documento consistirá en una revisión de las huellas materiales y simbólicas del flujo intrarregional y sus prácticas asociadas.

En relación al procedimiento metodológico, este estudio parte de un enfoque comprometido políticamente y sobre la base de un trabajo de co-labor (Leyva y Speed 2008), que rescata la relación dialógica y sinérgica con las interlocutoras que interpretan y explican los fenómenos sociales de interés. Una metodología cualitativa guía este trabajo, enmarcada en la etnografía y basada en la técnica de recolección de historias de vida, que cabe señalar siempre es el resultado de una relación intersubjetiva. Las fuentes de esta investigación son de dos tipos: bibliográficas y, principalmente, orales, que surgen del diálogo con cuatro mujeres venezolanas llegadas a Quito entre 2014 y 2019, es decir desde el primer aniversario del fallecimiento del ex presidente Hugo Chávez hasta la actualidad. Colaboradoras que responden a lógicas de interseccionalidad, para evidenciar interconexiones entre el género, la clase, la edad, la etnia y el estadio migratorio.

De esta manera, el encuentro con las mujeres que colaboran en este estudio se da a partir de mis propios itinerarios. Es decir, deliberadamente permití que esta investigación permee en mi propio cuerpo con sus trayectos de mujer, heterosexual, urbana, universitaria, joven para abandonar la pretendida idea de objetividad y transparentar el lugar de enunciación. Y, así, expresar la idea de que lo mostrado es una posibilidad entre otras, la sugerencia de una lectura abierta. El desafío está en revelar los propios intereses, mostrarse posicionada y honesta, para fomentar desde allí diálogos crítico en la sociedad. Mis flujos en la ciudad son los que me permitieron conectarme con ellas.

Así, específicamente, en esta indagación iremos de la mano de Maryll de 30 años, estudiante becaria de posgrado con dos años y medio en Quito; Sonia de 53 años, estilista y propietaria de *K'prichos Peluquería* con cuatro años en Quito; Roxy de 34 años, manicurista y pedicurista de *K'prichos Peluquería* con casi tres meses en Quito; Maye de 40 años, cocinera y socia fundadora de la arepera *Las Reinas Pepiadas* con un año en Quito. Además, seremos guiadas por el grupo de objetos migratorios, mínimos y cotidianos, seleccionado por ellas mismas tras la pregunta: “De todas las cosas que trajiste de Venezuela, ¿cuál o cuáles te parecen las más importantes?”, con el propósito de priorizar la identificación local y subjetiva frente a las identidades nacionales y a los objetos preconcebidos a priori como migratorios, entre ellos, maletas, tickets de avión o banderas. Así, habitaremos una imagen de la virgen de Coromoto gracias a Maryll; un *necesar* y un anillo quinceañero gracias a Sonia; una camisa sin lavar por seis años y un *dremel* de uñas gracias a Roxy; una almohada y un origami de billete gracias a Maye y Alexandra de *Las Reinas Pepiadas*. Resulta pertinente notar como las propias

colaboradoras hicieron el corte y la distinción entre objetos laborales y objetos personales en sus selecciones.

La intención es dar cuenta de los relatos migratorios, las motivaciones de dichas selecciones y los lugares actuales que ocupan esos objetos en el país de destino. Adicionalmente, a nivel técnico cabe indicar que registré toda la información recolectada en una grabadora digital, la transcribí en su totalidad y la clasifiqué en fichas de campo, organizadas en distintas variables. Asimismo, es oportuno mencionar que lógicas de confidencialidad y reciprocidad sostuvieron el trabajo con mis interlocutoras.

El documento consta de dos capítulos con sus debidos acápite. En el primer capítulo, “Las cosas en que habitamos: memorias y objetos migrantes”, analizamos críticamente el concepto de habitar. También, revisamos el carácter biográfico de las cosas a partir de Kopytoff (1986) y la relevancia de la cultura material en los estudios culturales. Luego, examinamos uno por uno los objetos de las participantes, lo que nos permite determinar la categoría a la que pertenecen y repasar temas relacionados con el género y las emociones en los objetos, las experiencias sensoriales, las economías femeninas, la relación trabajo-mujer, las prácticas culinarias y la comida popular como manifestaciones culturales, y las redes femeninas de solidaridad. Finalmente, anotamos algunas consideraciones alrededor de la constitución de lugares, apoyada en las nociones de “lugar antropológico” y “no lugar” de Marc Augé (1992).

En el segundo capítulo, “Los cruces: historias y tránsitos migrantes”, exploramos ampliamente el tema de la subjetividad migrante y los afectos, como vehículo epistémico alternativo a la racionalidad instrumental, desde autores como Mabel Moraña (2012). También, evidenciamos los efectos emocionales de la migración desde las simultaneidades entre la tristeza y la esperanza, es decir, entre las sensaciones anímicas en las que convergieron la mayoría de interlocutoras. Igualmente, entre lo extraño y lo familiar; en otras palabras, entre la reflexión de la condición de alteridad, otredad y una cierta racionalidad que opera en la violencia, a partir autores como Carlos Skliar (2012) y René Girard (1995). Finalmente, tratamos sobre las fronteras entre la sujeción y la agencia en el devenir histórico, con base en los aportes de autores como Amartya Sen (2007) y James Clifford (1994), con la convicción de que las transformaciones subjetivas radicales son relacionales y perviven como invenciones políticas, culturales o tácticas locales.

En la última parte del trabajo, exponemos de manera minuciosa las conclusiones extraídas de todo el material analizado, centradas en la gran dificultad de establecer una

distinción analítica tajante entre sujetos y objetos. También, profundizamos sobre los límites y potencialidades del uso de la categoría analítica de “objeto religador” propuesta en este estudio y el nexo entre espacio y mujeres migrantes. Finalmente, examinamos la ventaja comparativa que presenta la migración sur-sur al momento de repensar un modelo de migración transnacional y transestatal.

Capítulo primero

Las cosas en que habitamos: memorias y objetos migrantes

Pregunta a tus cucharas de té...

Así comienza el espacio, solamente con palabras, con signos trazados sobre la página blanca. Describir el espacio: nombrarlo, trazarlo (...) Espacio inventario, espacio inventado.
(Georges Perec, *Especies de espacios*)

Habitar, del latín *habitare*, es el frecuentativo o la acción repetitiva de *habere*, que significa tener. Así, podemos entender *habitare* como “tener de manera reiterada”. Entonces, si reincidimos, habitamos. Tradicionalmente, el habitar se ha convertido en una simple preocupación por la ocupación del espacio. Sin embargo, morar y, por ende, habitar, está profundamente relacionado a nuestro ser y comportamiento. Constituye una exteriorización de nuestra manera de vivir, rastros de un *habitude* o hábito y un *habit* o vestidura (Schmidt citado en Cuervo 2008, 46). El hábito está ligado a la duración, a *demorari* o demora y a hacer la propia habitación; la vestidura se refiere a otorgar a alguien cierta cualidad o apariencia. En otras palabras, hay un vínculo entre ser, tener y demorar: el lugar del habitar consiste en una apropiación espacial para la manifestación del ser (46). Por lo tanto, habitar es mucho más que la ocupación o un lugar físico. Se constituye con nuestras acciones, además, con las posibilidades de desarrollo del ser.

En el habitar, el habitante ha dejado su huella, la misma que se crea a través de unos comportamientos y disposiciones para actuar, pensar y sentir adquiridos e incorporados en el ser de forma duradera. En este sentido, evidenciamos una estrecha relación entre la huella y el hábito, tal como lo postuló Walter Benjamin (1996) en sus *Escritos autobiográficos*, a propósito de la poética del recuerdo afincada en una sensibilidad plural, “dejar huellas no es sólo un hábito sino el fenómeno originario de todos los hábitos en general, que está incluido en el hecho mismo de habitar” (150). De esta manera, los hábitos inherentes al habitar implican acciones lo suficientemente repetitivas y establecidas en un tiempo y espacio para considerarse como habituales: permanencias, desplazamientos, pero también imaginarios. Es un trabajo de la memoria reconocer, en el presente, los vestigios del pasado. Además, seguir los indicios, las

huellas, la estela de un “yo” que dejó sus rastros, aunque ya no se encuentra allí (Sedlmayer 2010, 13).

La preocupación por el sentimiento de arraigo, las formas de pertenencia y el apego por el lugar donde se habita están latentes en nuestro tiempo actual, que se ha convertido en la era del refugiado, la persona desplazada y la inmigración masiva. Fenómeno provocado por las veloces transformaciones en la producción, la noción de territorio, el imperialismo que polariza el mundo a través de transferencia de recursos de los países periféricos hacia los capitalistas del centro, y las nuevas formas de interacción. Para Edward Said (2005), a propósito de sus *Reflexiones sobre el exilio*, las mutilaciones de la grieta impuesta entre un ser humano y su lugar natal devienen en un estado discontinuo del ser que, además de provocar sentimientos de extrañamiento e insatisfacción, genera una gran capacidad de abrirnos a lo poco convencional y a la pluralidad de miradas. En otras palabras, a lo que denomina una “conciencia contrapuntística” (194) o entendimiento de unas dimensiones simultáneas, que yuxtaponen el nuevo entorno con el viejo. Así, entendemos que el sujeto migrante está múltiplemente situado: habla desde el aquí y el ahora y desde el allá y el ayer.

De modo particular, las resonancias con Said (2005) radican en esa búsqueda de hablar desde unas metageografías, puesto que él está reflexionando sobre el exilio desde su condición de palestino, oriental, lo “otro” de occidente. Así, esta investigación indaga sobre el denominado éxodo venezolano, el más grande que ha existido en la historia de este hemisferio en los últimos 50 años según la OEA y ACNUR, haciéndose eco de los dramas y retos de este sur global. Además, intento con este texto insertar dicha crisis en marcos geopolíticos más amplios, que permitan detectar las interdependencias en torno a la vida amenazada, a partir de una mirada crítica del sistema capitalista. Y, adicionalmente, revertir procesos de dominación hegemónica global sobre el discurso, el saber, la representación o la subjetividad, a partir de experiencias comunes. Actualmente, Venezuela vive una grave crisis humanitaria por el descontrolado incremento del flujo migratorio de sus ciudadanos, debido a los factores políticos, la inestabilidad económica que aumentó significativamente entre las presidencias de Hugo Chávez y Nicolás Maduro en 2013-2014, la inflación, la escasez de productos esenciales y medicamentos, los bajos salarios mensuales que para mayo de 2019 ascendieron a 40.000 Bs o 6,70 USD y las altas tasas de criminalidad. La cifra de migrantes no ha dejado de progresar desde 2016.

De este modo, las migraciones instauran una nueva manera de habitar, que sustituye el residir y desmonta la idea de que esta condición solamente se da a través del

permanecer. Habitar en movimiento o en reposo, lo que Clifford (1994), desde su análisis de un mundo en movimiento y sus entrecruces culturales, denomina “residencia en viaje” o “viaje en residencia”, para explicar que tanto los puntos de partida como los de llegada son espacios constituidos y atravesados por el mismo acto de viajar. Es decir, el movimiento también garantiza la habitación. En este caso, la cuestión ya no radica en demorarse, sino en alcanzarse o adentrarse ante el ritmo que le impone a cada una su propio tiempo. La imagen del caracol que lleva auestas su propia casa permite ilustrar esta forma de habitar y ser extranjero, que apela más por lo efímero y temporal. Precisamente, la idea de habitar con un menor arraigo lleva a Walter Benjamin (1996) a defender la posición del habitante que borra huellas y posee un mínimo de hábitos, factor que define a la perfección con una frase de Nietzsche: “me encantan los hábitos breves” (160). De esta manera, la noción de brevedad va al encuentro de la antilinealidad, el antievolucionismo, la inestabilidad y la discontinuidad histórica.

Luego, ya sea en cualquiera de esas polaridades extremas —el habitante con un máximo de hábitos o, al contrario, con un mínimo de hábitos de corta duración—, una amalgama coherente de objetos y prácticas son las que vinculan el hábito con la habitabilidad. En este punto, surgen las materialidades como transformadoras del espacio y detonadoras de nuevos imaginarios. La apropiación y puesta en valor de los objetos se entiende como una expresión y medición de las relaciones sociales humanas, incluso, los más pequeños y de uso común se personifican como medios de interacción social porque crean comportamientos humanos (Miller 2005). El morador no simplemente establece con los objetos una relación acumulativa a punto de volverse parte del escenario. Las personas desarrollamos relaciones de mayor complejidad con el mundo de los objetos, que van más allá del mero consumismo o hedonismo. Por ende, la adquisición de bienes y productos no debilita nuestra humanidad, puesto que nuestras relaciones con los objetos son a expensas de nuestras relaciones con los individuos (Miller citado en Bonhomme 2013, 67).

De esta manera, interesada en explorar esa relación entre la cultura material —enfoque que mira cómo los objetos responden a sus contextos socioespaciales y procesos culturales son objetificados— y el habitar, a continuación, expongo algunas reflexiones surgidas tras los diálogos con cuatro mujeres venezolanas migrantes, cada una procedente de distintas ciudades, condiciones socioeconómicas y étnicas, con distintos tiempos de estadía en Quito: Maryll (30 años), estudiante becaria de posgrado con 2 años y medio en la ciudad; Sonia (53 años), estilista y propietaria de *K'prichos Peluquería* con

4 años en la ciudad; Roxy (34 años), manicurista y pedicurista de *K'prichos Peluquería* con casi 3 meses en la ciudad; y Maye (40 años), cocinera y socia fundadora de la arepera *Las Reinas Pepiadas* con 1 año en la ciudad. Son mujeres con las que tuve la oportunidad de reflexionar sobre la vida social de sus objetos, para resignificar su valor simbólico y su propia experiencia de viaje forzado. Los nuevos itinerarios trazados entre Ecuador y Venezuela con su tránsito nos revelan emociones humanas compartidas, que posibilitan criticar la negación del “otro”, quien preexiste como diferencia. Lo cierto es que los momentos de transición nos llevan a la selección de objetos para sostener y crear nuestra existencia. Por lo tanto, se descubren tanto sus atributos físicos como, principalmente, los contextos que les dan sentido y significado. Por esta razón, podemos hablar a partir de Kopytoff (1986) de un enfoque biográfico de las cosas, que nos deja considerar sus múltiples cambios, clasificaciones y singularizaciones a través del tiempo para volverlas no intercambiables o mercantiles.

Personalmente, mi interés por los objetos proviene desde mi aproximación teórica y profesional con los museos, donde la sacralización y fetichización de los objetos suele radicar en criterios como la autenticidad, la grandilocuencia y la connotación pública. Sin embargo, los objetos seleccionados por Maryll, Sonia, Roxy y Maye me abren una perspectiva totalmente diferente, en la cual los objetos pequeños y de uso común, que suelen ser considerados solo como funcionales, bellos o anecdóticos, dejan ver su gran valor cultural. Y, en esa medida, se afirman como una forma muy importante de patrimonio. Por lo tanto, veremos el potencial de los objetos que refieren a la reconfiguración o continuidad de la identidad, autoestima y relaciones familiares y al habitar como una forma de ser y transitar en un lugar, en el cual el acto de construir o activar pone en evidencia la dimensión esencial del ser como actor o con capacidad de agencia en una habitación (Yory citado en Cuervo 2008, 49). Las siguientes líneas están marcadas por la otorgación de valor al pasado y la construcción de recuerdos en un presente, en una actualidad que se vive como un umbral de memoria activa.

1. La virgen “arrecha”¹ de Maryll

Maryll es mi compañera de la Maestría en Estudios de la Cultura (2018 - 2020), cuando la conocí estaba en Ecuador en condición de becaria. Es soltera y no tiene hijos. Aunque su motivación de viaje, al igual que muchos de sus compatriotas, respondió a la crisis socioeconómica de su país, sus principales razones para partir fueron ejercer su profesión y experimentar el mundo. El objeto destacado que acompañó su viaje migratorio es una imagen bendecida de Nuestra Señora de Coromoto que le regaló su madre. Hecho algo paradójico para quien se considera a sí misma como una atea. En tanto, me propongo determinar a qué categoría pertenece su objeto y esbozar una aproximación a su relación con las emociones.

Lo que hace molesto y grávido lo olvidado, según Benjamin (1982) en su célebre y nostálgico *Infancia en Berlín hacia 1900*, tal vez no sea sino un resto de costumbres perdidas que nos resultan difíciles de recuperar. Tenemos cosas que forman en nosotras costumbres, unas más duraderas que otras. “Quizás sea la mezcla con el polvo de nuestras moradas derrumbadas lo que constituye el secreto por el que (la nostalgia) pervive” (76). Costumbres que van desarrollando facultades que serán condicionantes de nuestra existencia. Para la de Maryll lo fueron respirar y andar: acciones inherentemente humanas, que se agudizaron con el regalo de su madre. Me llama la atención que la imagen de Nuestra Señora de Coromoto no aparece en su primera partida a Ecuador hace 2 años y medio, sino en una segunda partida, tras haber estado de visita dos meses en Venezuela a causa de una fuerte depresión, después de vivir 1 año en Quito. Esto escenifica cómo las personas damos valor a los objetos, normalmente, de modo no consciente.

En 2018, Silvina, la madre, le entregó la virgen a Maryll mientras empacaba sin desear ayuda. La imagen es de madera, sencilla, los azules y blancos de la ilustración contrastan con el verde claro del fondo. Está caricaturizada, trazos espontáneos y suaves, más como del estilo colorido y relajado de su hija. Una entrega en un momento de emociones encontradas, eso es todo. Después del intercambio, ambas condujeron juntas hasta la frontera con Colombia para despedirse. Maryll me describe ese momento con nostalgia. Consecuentemente, podemos ver que los vínculos afectivos y las emociones

¹ Palabra polisémica, usada por Maryll como adjetivo para su virgen en una conversación de ascensor, que para este contexto, en la jerga coloquial venezolana, se refiere a algo que es muy bueno, increíble, fabuloso o genial en forma de elogio. También, una mujer “arrecha” es aquella que es de carácter fuerte, indómita y capaz de resolver muchas cosas sin la ayuda de un hombre.

que nuestros objetos nos suscitan son determinantes. Sentimientos y emociones que, en su calidad de fenómenos fisiológicos y psicológicos, no están liberados al azar o a la iniciativa personal. Es decir, al contrario, responden a significados culturales.



Imagen 1. Objeto Maryll
Fuente: Maryll Noguera, 2019

De acuerdo con Le Breton (1998), en su postulado sobre la *Antropología de las emociones*, donde propone ir más allá de las concepciones de corte más biologicista sobre las emociones, éstas son pensamiento en acto, apoyadas en un sistema de sentidos y valores, que a su vez están agrupados por una cultura afectiva que brinda esquemas de experiencia y acción para organizar el vínculo social. De este modo, unas convenciones y una evaluación de acontecimiento propician su emergencia y expresión corporal en nosotras en tanto actores nutridos con una sensibilidad propia. Por lo tanto, él define las emociones como una “actividad de conocimiento, una construcción social y cultural que se convierte en un hecho personal a través del estilo propio del individuo” (12). Por consiguiente, los seres humanos no estamos como objetos atravesados a ratos por sentimientos, sino que estamos afectivamente en el mundo.

La imagen bendecida de Nuestra Señora de Coromoto de Maryll pertenece a la categoría “regalos con motivo de la migración”, puesto que nace con la decisión misma de migrar, es decir, su surgimiento es simultáneo a una de las partidas. En el momento decisivo es un objeto sin historia previa con ella. Adicionalmente, aparece durante la despedida, que podemos concebir como un momento ritualizado que implica intercambios. El acto de regalar revela el modo en que el destinatario es concebido por el

emisor (Grant McCracken citado en Alonso Rey 2012, 46). Así, Silvina buscó una estética con la que Maryll pudiera identificarse, observar —a modo de guiño— que su madre la conoce y ver cómo ella la mira, llena de colores, inocencia e irreverencia. Por esta razón, el objeto de Maryll está personalizado, aunque no se trate de una manufactura. Considero que esto expone cómo el objeto cobra sentido en el momento de la elección por parte del regalador y cómo vuelve a resignificarse en manos del obsequiado. Específicamente, los “regalos con motivo de la migración” cumplen la función de reforzar los lazos de unión y hacer presente a la persona que los regala, según la investigadora española Natalia Alonso Rey (2012).

Nuestra Señora de Coromoto es venerada tanto en la ciudad de Guanare, capital del Estado Portuguesa donde apareció y dejó su imagen a un indio de la tribu de los Cospes llamado Coromoto en 1652, como en todo el país. Está expuesta para su veneración en la Basílica Menor Santuario Nacional de Nuestra Señora de Coromoto, la cual fue inaugurada con una solemne misa presidida por el Papa Juan Pablo II el 10 de febrero de 1996, en presencia de más de dos millones de devotos. Precisamente, Maryll y su madre son de Acarigua, del mismo Estado Portuguesa. Asimismo, Venezuela fue consagrada a esta virgen el 26 de junio de 2011 por el Cardenal Jorge Urosa Savino. Luego, esta virgen es la patrona de Venezuela. Por ejemplo, su oración de consagración nos da pautas sobre su importancia en el actual contexto de crisis nacional: “¡Oh, Madre querida de Coromoto! Tú que has acompañado el nacimiento y el desarrollo de nuestra historia patria, venimos a tus plantas a consagrarnos como pueblo, como nación [...] Queremos colocar muy cerca de tu corazón nuestras necesidades, deseos, luchas y logros. En este momento de nuestra historia, te pedimos que mires a estos tus hijos que caminan en valle de lágrimas y consuélalos mostrándonos siempre a tu Hijo [...]” (Santuario Basílica Coromoto 2019, párr. 1). El rezo continúa pidiendo por todas las familias y por los que sufren y son olvidados.

Por lo tanto, la imagen tiene una clara referencia de identidad nacional y local, característica que solo hallamos en la categoría “regalos con motivo de la migración” y no en el resto de los objetos que aparecerán en los siguientes apartados. Los regalos poseen propiedades que se desean transmitir, así, las personas que permanecen en Venezuela desean legar a las migrantes el país que dejan y sus costumbres. Maryll me explica que, en Venezuela al momento de saludar, comúnmente en vez de hacerlo con un “hola”, piden la bendición: “Decimos, por ejemplo, bendición mamá. Y se responde que la virgen te acompañe. Mi mamá cree demasiado, la bendición del templo de Juan Pablo

II reafirmó su fe” (Noguera 2019, entrevista personal). Entonces, me confiesa que cada vez que quiere sentir o imaginar la bendición de su madre toca la imagen de su virgen “arrecha”:

La toco cuando me siento mal, cuando no tengo una decisión fija. Últimamente lloro mucho. Yo me creo muy atea y subo cosas a mi Facebook, porque claro cuando veo la tristeza y el sufrimiento del mundo me pregunto dónde está Dios. Pero tocarla me calma y es como mi única forma de buscar un abrazo, aire, es como respirar. Dejar de estar ahogada. Me tranquiliza. (Noguera 2019, entrevista personal)

Consecuentemente, el papel simbólico que juegan los objetos y las propiedades que les damos es lo más poderoso (Agulló Hernández 2010, 3). Todos los objetos tienen un extraordinario ideario detrás que sustenta su relevancia y trasciende la creencia o el ritualismo religioso que lo sostiene.

A partir del ateísmo confeso de Maryll y la relación con su virgen, resulta interesante pensar sobre la capacidad de agencia inherente a los objetos. Gell (1992, 1998), quien exploró la interacción de las personas con los objetos como procesos relacionales de causalidad e intencionalidad, parte del ejemplo de un auto averiado o “agente” en medio de la noche, que ubica al conductor en una posición “paciente”, para explicar que el “otro” inmediato en una relación social no tiene que ser o, siempre, es un ser humano (17). De ahí que la agencia social puede ser ejercida por cosas, que además generan reacciones emocionales casi instantáneas. En otras palabras, queda socavada la idea de que los humanos controlamos completamente los entornos que nosotras mismas creamos.

La virgen de Maryll modifica con su incidencia un estado de las cosas, por tanto, es un actor. Además de determinar y servir como telón de fondo de la acción humana, los objetos pueden autorizar, influir, prohibir, habilitar y, como en el caso de Maryll, alentar. Me cuenta: “Mi mami me botó, me dijo deja todo que este ya no es lugar para ti, aquí como eres tú no vas a hacer nada” (Noguera 2019, entrevista personal), así, la imagen de la virgen le ayuda a seguir, desparalizarse y hacerlo posible. La virgen “arrecha” repercute en el curso de la acción de Maryll: “Ver y tocar a mi virgen es una forma de decirle mamá lo estoy logrando” (Noguera 2019, entrevista personal). Respirar y andar, aparentemente, ella más que creer en la virgen, cree en su objeto y en su mamá. En consecuencia, vemos que este tipo de “regalos con motivo de la migración”, inclusive, tienen la pulsión de lo sagrado.

¿Por qué ciertos objetos cobran relevancia en la vida de las personas y otros no?, ¿por qué ciertos objetos son conexión entre individuos o colectividades? Maryll me cuenta que al recibir el regalo no lo tomó como algo importante:

La virgen no representaba nada para mí. Ya cuando me vuelvo y estoy sentada desempacando mi mochila, en mi nueva casa, después de tres días de viaje, yo veo eso y es mi mamá. Se volvió todo para mí. Era lo que realmente quería que siempre esté conmigo. Ahora en todos los lugares que me muevo está al lado de mi cama. (Noguera 2019, entrevista personal)

En consecuencia, deducimos que las relocalizaciones son las que cargan a los objetos de trascendencia y que los sentimientos son los nexos entre objetos e individuos. Y, asimismo, que tal como lo menciona Svašek (2012), las personas somos parcialmente receptivas al poder de los objetos porque hemos aprendido a percibir sensorialmente el mundo de una manera particular (15). En cierto modo, concebimos a los objetos como almacenes de emociones.

La importancia como “apoyo emocional” de los objetos transportados desde el punto de origen ha sido reconocida por autores como Basu y Coleman (2011). La presencia de estos objetos es un gran alivio cuando nos sentimos solos o desbordados por las emociones. Son sostenes que nos pueden brindar seguridad, consuelo y tranquilidad. La historia de Maryll nos demuestra que este tipo de objetos no solo ayudan en las primeras etapas de la experiencia migratoria, sino que instalan las emociones en el tiempo. Finalmente, hay una innegable resonancia íntima entre los objetos y los sucesos de la compleja vida cotidiana. Dicha asociación se da a nivel de quien los guarda, el lugar que ocupa en su mundo material, el pasado y el mundo sensorial.

2. El *neceser* y el anillo de Sonia

A Sonia la conocí en San Rafael, ubicado en uno de los valles que rodea a Quito, puesto que le alquila a la suegra de mi hermana el local donde tiene su salón de belleza: lugar que con su voluntad y esfuerzo da acogida, contención y trabajo a otras personas venezolanas. Lleva 4 años en Quito. Es divorciada y tiene dos hijos hombres, quienes actualmente viven junto a ella. Recuerda las grandes filas, que tenía que hacer, para comprar víveres de primera necesidad como la imagen definitiva de la crisis socioeconómica de Venezuela, que le motivó a salir. Los objetos destacados que acompañaron su viaje migratorio son un *neceser* con sus herramientas de trabajo, que le

compró a una señora ciega que grababa una película en una de las peluquerías donde trabajaba en su natal Mérida, y un anillo que le regaló su madre cuando cumplió 15 años. El *necesar* es plegable, su material no es rígido, tiene 3 compartimientos y es muy sencillo. Por su parte, el anillo es plateado con pedrería, muy llamativo y elegante. En tanto, busco determinar a qué categoría pertenecen sus objetos e indagar sobre los aspectos de género en los objetos. La cultura material es portavoz de prácticas y discursos que distinguen lo femenino y lo masculino, principalmente, desde los cánones occidentales. Así, trato de descubrir en qué medida los objetos dejan de ser dispositivos, presuntamente, inocentes al momento de asignarles un género, sexualizarlos y, por ende, politizarlos.

El segundo nombre de Sonia es, justamente, Coromoto.² La casualidad, el “azar objetivo”³ o la “sincronicidad”⁴ del hecho me hace recordar a Jung (1952), quien concluyó que hay una íntima conexión entre el individuo y su entorno, que en determinados momentos ejerce una atracción capaz de crear circunstancias coincidentes cuya carga emocional las dota de significado. Al hablar de su mundo material, Sonia Coromoto es muy meticulosa. Con gran detalle me hace un inventario del secador, la plancha, los dos cepillos, el peine, la tijera, el pantalón negro y la camisa blanca “por si le tocaba trabajar”, la cobijita muy finita, la sábana, el “morrallito” de mano con la mini laptop y los cuadernos, para dar clases “por si había la oportunidad”, que le han acompañado “toda la vida” y que alcanzó a meter en la “maletica” antes de venir. También, se acuerda de las cosas más pequeñas como el hilo blanco y negro porque “sabía que iba a necesitar coser”, la tijerita, los botones, las pastillas para el dolor de cabeza y el vómito, la lima para uñas, el cortaúñas, el corta cutículas y los zarcillos, que metió en su *necesar*. Además, está el anillo que Nelly, su mamá, le regaló por su cumpleaños y lo lleva con ella como “siempre”.

El énfasis que Sonia hace en palabras como “siempre” y “toda la vida” me conduce a categorizar sus objetos en “posesiones”. Tanto el *necesar* con las herramientas de trabajo como el anillo tienen un claro poder evocativo y simbólico. Están “cargados” y tienen una historia previa con ella, se refieren a su madre, a su celebración de transición

² Nombre que refiere a la virgen, objeto seleccionado por Maryll anteriormente.

³ Término acuñado por el poeta francés y teórico del surrealismo André Bretón, que designa la confluencia inesperada o azarosa “entre lo que una persona desea y lo que el mundo le ofrece”.

⁴ Concepto creado por el psiquiatra suizo Carl Jung para definir la “presentación simultánea de dos o más sucesos vinculados por el sentido o significado, pero de manera no causal”. Es decir, la relación es de contenido y no de causa-efecto. Se plantea la sincronicidad como un elemento clave para la comprensión de la relación entre la psique y la materia.

de niña a mujer, a su lugar de trabajo, a su profesión: son patrimonio familiar o, bien, permiten actuar conforme a saberes. En tanto, la historia de este tipo de objetos es fundamental. A partir de la perspectiva de Alonso Rey (2016, 2012), la conexión con determinados tiempos, lugares y saberes, convierte a los objetos en pertenencias, en este caso “posesiones”, integradas a la propia experiencia biográfica.



Imagen 2. Objetos Sonia
Fuente: Gina López, 2019

Sonia recalca que la selección de sus herramientas de trabajo responde al deseo de seguir en lo suyo, es decir, en su profesión. La intención de dar continuidad, estabilidad y presencia a sus identidades motiva a las migrantes a la conservación de ciertos objetos en situaciones de movilidad. Marcoux (2001) asegura que el traslado de los objetos, sumado al acto de selección, descarte y priorización, implica un proceso activo de memoria y reflexión, puesto que en ese momento realizamos un balance de vida, apreciamos lo que somos o hemos hecho y anticipamos lo que seremos o haremos. Así, Sonia expone:

El anillo me hace acuerdo de mi mamá. Es como que ella hubiera venido conmigo. Tenía 14 años para cumplir 15 años, ella me dio una braga ese fue mi vestido, porque no me puse vestido. Me dio una braga blanca y me regaló el anillo. Ya tantos años. Siempre uso mi anillo, todos los días. A veces me queda flojo, a veces me cuesta que me entre. Me lo quito cuando tengo que trabajar y en la noche, que lo dejo en la mesa, pero todas las mañanas después de bañarme me lo meto. Cuando no tenía mesa de noche, antes, lo acomodaba en los zapatos o en el frasco de shampoo. (Rangel 2019, entrevista personal)

Las “posesiones” nos rememoran personas y etapas importantes o transicionales. Por ejemplo, el anillo de Sonia se relaciona claramente con su madre, porque ella se lo regaló. Tal como ya lo explicaba Marcel Mauss (1950) en su análisis sobre el don, los

regalos “contienen” a la persona que los regala. Entonces, este tipo de objetos se inscriben en la dimensión temporal o biográfica, porque tratan sobre lo memorable y tejen historias familiares y sociales. A propósito de esto, mientras Sonia tasa su propia vida, me señala: “Cuando me mudé (al local en San Rafael, donde tiene su peluquería) una camioneta llena, después de que me vine solo con mi maletica” (Rangel 2019, entrevista personal). Por lo tanto, podemos inferir que las migrantes se decantan por objetos que puedan condensar lo propio, lo conocido y lo familiar aun en la distancia.

Sin embargo, la experiencia de la migración, sumada a sus objetos, implica un viaje en búsqueda de nuevas oportunidades y desafíos. En este sentido, desarrolla una fase de ajuste y negociación, debido a la pérdida del ambiente social y material que permitía la continuidad de la identidad (Giddens citado en Bonhomme 2013, 65). Por lo tanto, la capacidad evocativa de los objetos amplía una mirada hacia el pasado y, principalmente, hacia el futuro. Así, Sonia me relata: “Me traje una carterita que ella (su mamá) también me regaló mucho antes de venirme con unos zarcillos y una colonia. Las tenía guardadas y nunca las había usado. La primera vez que las usé fue aquí, en mi primer Día de la Madres en el Ecuador” (Rangel 2019, entrevista personal). Ahora que sus dos hijos ya están en Ecuador con ella, me dice, se siente completa otra vez.

De acuerdo con Svašek (2008), los procesos emocionales en experiencias migratorias develan un carácter contradictorio. En este marco, los efectos emocionales que los objetos pueden producirnos no siempre son previstos, son efectos inesperados (Parrot citado en Alonso Rey 2015, 33). Esto debido a que condensan dentro de sí varios tiempos, similar a lo que mencioné en párrafos anteriores con la noción de “conciencia contrapuntística” de Said (2005): son un rastro del pasado que hace surco en el presente y se proyecta hacia el futuro. Razón por la cual el traslado de objetos no solo significa trasladar el “sí misma” objetificado, sino también nuevas y desconocidas formas de pensarse e historiarse a “sí mismas” por parte de los migrantes. Sonia con su relato me revela una búsqueda por mantener la imagen que tenía de sí misma no solo como profesional, sino también como madre e hija. Pero, al mismo tiempo, me deja notar por medio de sus propias palabras que ella ya no es la misma. A sus 53 años admite que está “madurando” gracias a la migración, cargada de situaciones nuevas, que a su edad nunca imaginó le tocarían vivir.

Siguiendo la idea de las *posesiones*, según Baudrillard (1969), la posesión es el modo en que los objetos trascienden su carácter utilitario primigenio. “Los objetos no tienen como destino, de ninguna manera, el ser poseídos y usados, sino solamente el ser

producidos y comprados. O, dicho de otra manera, no se estructuran en función de las necesidades, ni de una organización más racional del mundo, sino que se sistematizan en función exclusiva de un orden de producción y de integración ideológica” (185). Efectivamente, Sonia me comenta que cuando compró el *necesar*, más para ayudar a la persona que lo vendía que por necesidad, no se imaginó lo útil y práctico que le sería, dado su tamaño, forma desplegable y todo lo que juntos tuvieron que vivir. Por consiguiente, mientras que la calidad o valor de cambio del objeto pertenece al dominio cultural y social, la singularidad absoluta depende del campo de las posesiones. Nosotras podemos reconocernos en nuestros objetos como seres absolutamente singulares. La posesión no es del utensilio, sino del objeto abstraído de su función porque no nos remite al mundo, sino al sujeto que lo posee.

No obstante, nuevamente es oportuno superar esa suerte de subordinación al sujeto que se hace de los objetos, inanimados, vitalizados por las cargas simbólicas, puesto que “un objeto vivo es un objeto descotidianizado, que mantiene una equidad conmigo o con otra persona” (Shaday Larios 2018, 19). De este modo, creemos que los objetos o, más específicamente, lo que Larios (2019) denomina “mnemobjetos”⁵ pueden volverse independientes de sus poseedores y tener pervivencia propia. Resulta fascinante cavilar sobre la vivencia del objeto, a través de la autonomía, el aislamiento y la poetización o relaciones metafóricas o imaginativas de sentido que suscitan.

Por otro lado, el nombre *necesar* lleva ya un peso, una densidad. El *necesar* es una maleta pequeña o estuche que sirve para transportar artículos de belleza o higiene. Su existencia se remonta al siglo XIX, época en la cual la costumbre de viajar se popularizó también en las mujeres europeas. Ellas empleaban una gran cantidad de aceites y ungüentos para “aumentar sus gracias naturales”, según la publicidad de la época. Así, recurrieron al *necesar* de viaje para llevar cómodamente la gran cantidad de productos que poseían. Por lo tanto, el *necesar* se convirtió en un objeto de “damas”, que actualmente nos revela aspectos íntimamente ligados a la moda, la cosmética y a los roles de género. Etimológicamente *necesar* viene del francés *nécessaire* o necesario, que a su vez deriva del latín *necessarius*; su origen evidencia la gran influencia francesa en el

⁵ Noción, que es una contracción entre objeto y memoria, creada por la investigadora mexicana Shaday Larios en su trabajo *Circuito de la Memoria Material*, que consiste en la compilación de varios laboratorios de teatro de objetos documentales realizados en Cuba, Brasil y Argentina, gracias al apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México. Define a objetos personales conservados con un fuerte afecto de por medio, que condensan y reviven los aspectos subjetivos de una época remota o de un pasado inmediato.

vocabulario español, principalmente, desde el siglo XVIII cuando los españoles viajaban a Francia para aprender el idioma.

¿Las cosas que portamos y usamos pueden definir nuestro género? Género que comprendemos como las fuerzas sociales que moldean la conducta (Money y Ehrhardt 1972). Mientras mantengo mis conversaciones con Sonia no puedo abstenerme de hacer comentarios sobre su *neceser* con familiares y amigos cercanos. Cada vez que lo hago con amigos hombres, me veo dando una larga explicación sobre lo que es un *neceser*. En más de dos ocasiones me ocurrió que ellos desconocían por completo ese tipo de objetos. Entonces, sí, algunos objetos pueden definir el lugar, los atributos, los roles y las esferas de interés, adjudicados diferencialmente a hombres y mujeres, que la sociedad nos asigna. Las lógicas del pensamiento binario, que divide la realidad en dos grupos opuestos, inscritas en la estructura social sirven de soporte a unas estructuras cognitivas, unas taxonomías prácticas registradas en sistemas de adjetivos y valoraciones éticas y estéticas.

Dichas oposiciones se han traducido en estereotipos de género que tipifican y adjudican determinadas cualidades a las conductas femeninas y masculinas, limitándolas y encerrándolas en unos esquemas de comportamiento específicos. De este modo, por ejemplo, el *neceser* de Sonia es un objeto que nos habla del cuidado, al igual, que su profesión. Las prácticas de cuidado comprenden aquellas acciones que contribuyen a cubrir las necesidades físicas y afectivas de las personas, que van desde la salud hasta las necesidades de higiene y resguardo (Sánchez Romero 2007). Así, el lugar mismo de salón de belleza podría ser concebido como un espacio que refuerza los estereotipos sobre mujeres, hombres y las relaciones que mantienen, respecto a un ideal de belleza o un “deber ser” de lo corporal.



Imagen 3. Habitar *K'prichos Peluquería*
Fuente: Gina López, 2019

No obstante, el salón de belleza también es un sitio que se presta para resignificaciones en la medida que, en primera instancia, ponen en evidencia la dicotomía establecida entre producción y reproducción que ha llevado a privilegiar las actividades productivas masculinas frente a las femeninas (Sánchez Liranzo 2005). En segunda instancia, en su capacidad para reivindicar a la mujer, en este caso encarnada en Sonia, como sujeto de conocimiento político, con un afán de explicar y transformar el mundo o su mundo. Consecuentemente, su trabajo en cierta medida pone en valor la productividad del componente afectivo-relacional y la producción-reproducción del tejido social en su conjunto, donde las mujeres desempeñan todavía en la actualidad un papel central.

Adicionalmente, al momento de inscribir estas diferencias en el marco de la memoria, autoras como Jelin (2002), a propósito de sus reflexiones sobre las memorias de la represión política de las dictaduras de Cono Sur, explican que mujeres y hombres desarrollamos habilidades nemotécnicas diferentes, puesto que la socialización de género implica prestar más atención a ciertos campos sociales y culturales que a otros y definir las identidades ancladas en ciertas actividades más que en otras. De esta manera, algunas evidencias demuestran que las mujeres tendemos a recordar eventos con más detalles o a expresar sentimientos, lo íntimo y lo comunitario. Recordamos con el pulso de las relaciones familiares, porque nuestro tiempo subjetivo está organizado y ligado a los hechos reproductivos y a los vínculos afectivos (7). La diferenciación se da en el encuadre social de la expresión de las memorias.

La necesidad de transformación empieza por el reconocimiento de la existencia de desigualdad social. Al ser la estructura de género una construcción social, y, por ende, no poseer origen natural, se reconoce que las características asignadas a uno y otro género son modificables, y, lo que es más importante aún, que las relaciones de poder que se sostienen en base a esas diferencias supuestamente intrínsecas masculinas y femeninas no son ni naturales ni legítimas (Greco 2005). Consecuentemente, respecto a los oficios y materialidades del trabajo femenino, si bien existe un trasfondo de actualización de dinámicas de poder cis-heteronormadas⁶, al hablar de objetos “femeninos”, hay que reconocer que éstos contienen en sí mismos un potencial micropolítico. En otras palabras,

⁶ Es decir, donde las identidades de género coinciden con sus fenotipos sexuales, lo opuesto a cisgénero es denominado transgénero, y donde se cumple el régimen político y económico impuesto a las relaciones sexual-afectivas heterosexuales en la sociedad.

dichos objetos “femeninos” se presentan como estrategias de resistencia al poder, que en el caso de Sonia queda demostrado con su manifiesto rol productivo gracias a su salón de belleza, pero, principalmente, con la posibilidad que le dio de habilitar un espacio seguro de contención y acogida.

Esta situación podría ir más allá de lo anecdótico, considerando que, en un próximo apartado, también podremos ver cómo otros objetos similares dieron paso a la arepera *Las Reinas Pepiadas* que es, otra vez, un nuevo lugar de acogida. Por tanto, existe una especie de política a pequeña escala o anti institucional. Las herramientas de trabajo, el *necesar* y el anillo suponen el dispositivo de estrategias de resistencia y agencia practicadas por las mujeres. Finalmente, la cultura material tiene un papel central en la construcción, mantenimiento, control y transformación de las relaciones sociales y las identidades.

3. La camisa sin lavar y el *dremel*⁷ de Roxy

Al momento de nuestro primer encuentro, Rossany o Roxy, como prefiere que le digan, es la nueva manicurista y pedicurista de *K'prichos Peluquería*, el salón de belleza de Sonia. Este lugar tiene una alta rotación de personal, puesto que muchos están indocumentados, en tránsito o sin planes de establecerse en Ecuador. Roxy es muy creativa y le gusta experimentar con diseños innovadores, tanto es así que me anima a probar colores vibrantes, escarchados y diamantes de fantasía que nunca antes me había animado a usar. Me saca de mi zona cómoda y me da la impresión de que ella no tiene muchos problemas para salir, constantemente, de la suya. Lleva casi tres meses en Quito, aunque ya son 6 años desde la salida de su natal Cumaná en Venezuela, tiempo que pasó en Colombia. Piensa seguir movilizándose con destino a Argentina, debido a los altos costos de la visa de trabajo en Ecuador y porque allá le espera el papá de su hija, Alondra de 11 años con quien viaja. Actualmente, está en una relación con su colega barbero.

La imposibilidad de comprar víveres de primera necesidad con el bajo sueldo que percibía, a pesar de su condición de profesora de Historia Bolivariana de Venezuela con carga completa (36 horas) en la Universidad de Oriente, fue lo que la motivó a abandonar su país. Me explica que todos los productos se encarecieron debido a las importaciones y a la escasa producción nacional por falta de incentivos a la empresa privada. Ella es Licenciada en Educación Integral y Magíster en Evaluación Educativa. Los objetos

⁷ Aparato que sirve para limar y esculpir las uñas, principalmente acrílicas y de gel, más rápido.

destacados que acompañaron su viaje migratorio son una camisa de su madre, que no ha sido lavada desde que la obtuvo, y un *dremel* para uñas que adquirió en Colombia. La camisa es cuadriculada, ancha y no se ve andrajosa. Por su parte, el *dremel* es un aparato mediano, anaranjado, tosco y se asemeja a un taladro. En tanto, quiero determinar a qué categoría pertenecen sus objetos, averiguar sobre las experiencias sensoriales provocadas por los objetos y pensar sobre las economías femeninas, es decir, la relación trabajo-mujer.

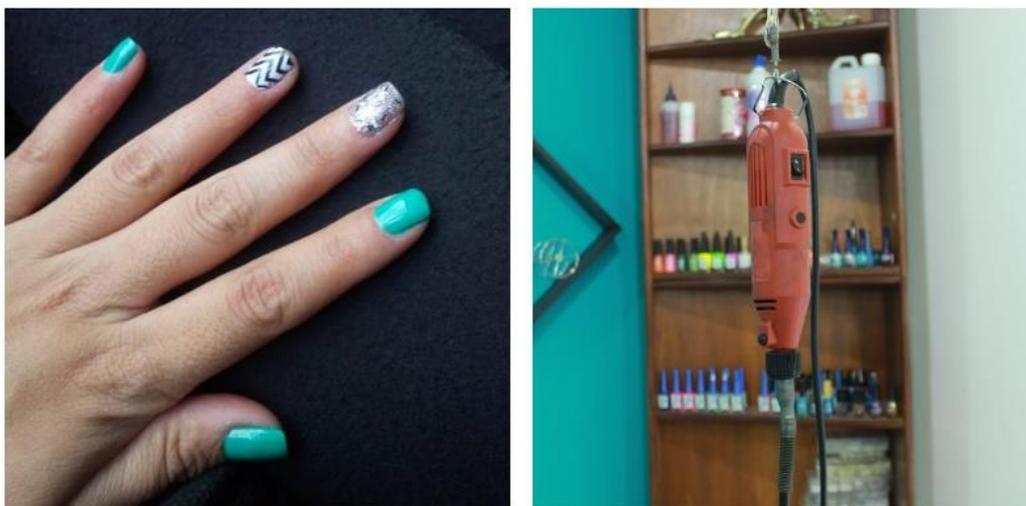


Imagen 4. Objetos Roxy
Fuente: Gina López, 2019

Así, la camisa sin lavar de Roxy encaja en lo que denominaré la categoría “objeto pedido”, pues si bien fue un “regalo con motivo de la migración” no fue entregado espontáneamente. La camisa pertenecía a su madre y Roxy se la pidió cuando decidió salir. Esto me lleva a remorar otra vez a Marcoux (2001), quien señala que la importancia de las cosas, más que en su valor económico, histórico e, inclusive, sentimental, radica en la decisión de seleccionarlas y transportarlas (84). En otras palabras, las cosas son significativas en el movimiento y en el acto volitivo. La voluntad equivale a una serie de procesos, donde intervienen la determinación, el propósito, la evaluación de factibilidad y la deliberación. Es un estado de ánimo que nos predispone de determinada manera. En consecuencia, en el proceso volitivo intervienen la razón humana y, al mismo tiempo, la voluntad y la sensibilidad.

Una fuerte carga emocional, memorística y relacional caracteriza a los procesos de clasificación de los objetos. Particularmente, Roxy me detalla: “La camisa de mi mamá la uso todavía. Es de rayitas. Ella la usaba mucho. Y, no me lo vas creer, esa camisa tiene 6 años que no se lava. Aún conservo el olor de mi mamá. La tengo en una bolsita para

que no se vaya. A veces me la pongo de noche para dormir. Ya está fea y sucia, pero el olor sigue” (Marval 2019, entrevista personal). De esta manera, otro elemento a resaltar es la capacidad de los objetos para convocar experiencias sensoriales. La camisa de Roxy es un detonante de olores, su olfato la transporta a una época feliz de su vida. Los olores nos alertan, atraen y conectan con el medio, los recuerdos, y las emociones. De acuerdo con la psicóloga social Marlise Hofer (2018), en su estudio reciente publicado por la Universidad de Columbia Británica en Canadá, el olfato tiene un sentido de registro o memoria olfativa, gracias a que el bulbo olfativo está conectado directamente con el sistema límbico de nuestro cerebro.

Así, el sistema olfativo registra los aromas y los asocia a emociones, que en lo referente a relaciones afectuosas corresponden a seguridad, calma, entre otras. También, puede generar una sensación positiva. Poseemos un patrimonio olfativo propio y común que hemos ido acumulando a lo largo de los años de manera totalmente inconsciente. Asimismo, la evidencia conductual indica que los recuerdos autobiográficos provocados por el olor (OEAM) son más antiguos, intensos, duraderos, menos pensados e inducen características de viaje en el tiempo más fuertes que los recuerdos autobiográficos (AM) provocados por sonidos, imágenes u otras modalidades (Arshamian 2012). La memoria humana funciona por asociación. Por tanto, existe una base neurobiológica en el vínculo emoción, olor, memoria y objeto. Igualmente, la percepción sensorial es un acto cultural, tal como lo señala la historiadora Constance Classen (2010), los sentidos no sólo son medios de captar los fenómenos físicos, sino además vías de transmisión de valores culturales. Nos referimos a modos de comunicación sensorial y a la gama de valores que pueden transmitirse a través de las sensaciones, en el caso de la historia de Roxy, olfativas. Entonces, vale decir que en la noción de olor subyace su propia idea y connotación cultural de maternidad y familia.

Los sentidos están regulados socialmente. En tanto, “los códigos sociales determinan la conducta sensorial admisible de toda persona en cualquier época y señalan el significado de las distintas experiencias sensoriales” (Classen 2010, 2). En otras palabras, la construcción cultural de la percepción sensorial condiciona nuestra experimentación y comprensión del mundo y nuestros cuerpos. Asimismo, a través de los códigos sensoriales existe una expresión histórica de las ideologías relativas a los sexos. Así, los sentidos han sido comúnmente jerarquizados, mientras que a los grupos mejor posicionados, por ejemplo, los hombres, se les atribuye el ver y sonar, a las mujeres se les endosa el tocar y oler. Entonces, el énfasis que Roxy, al igual que Maye a quien

veremos en el próximo acápite, hacen sobre el olor, aun cuando es un sentido “secundario”, me hace comprender la capacidad femenina de subvertir los códigos normativos de la representación.

Por consiguiente, la mirada deja de estar privilegiada y lo femenino aparece como apto para colocar una subjetividad alternativa y contra dominante, que desarticula los mecanismos de significancia de la cultura masculina. Ellas rompen la jerarquía de la visión, desempoderan la frontalidad de la mirada masculina, plantean discontinuidades en el campo visual, tensionan la imagen y el olfato. Por lo tanto, lo visual y la interpretación de la cultura masculina dominante pueden ser desautorizados. Roxy y Maye son mujeres, que huelen y, así, conocen el mundo y se construyen y reconstruyen a sí mismas. Los sentidos están en todas partes, ellos median en la relación entre la idea y el objeto, la mente y el cuerpo, el yo y la sociedad, la cultura y el medio ambiente (Howes 2014, 21).

Por su parte, el *dremel* corresponde explícitamente a un objeto para laborar, por tanto, lo pienso en la categoría nombrada por mí como “objeto trabajador”. Habla de experticias, saberes previos y, principalmente, de posibilidades de reinención subjetiva y potencialidades productivas. El trabajo puede definirse, a partir de autores clásicos como Marx y Engels, como un proceso entre el hombre (ser humano) y la naturaleza, durante el cual, el hombre (ser humano), mediante su propia actividad, mediatiza, regula y controla su intercambio de sustancias. Por consiguiente, el trabajo constituye la condición primera y fundamental de la existencia humana, porque al modificar la naturaleza, el ser humano realiza su fin consciente, adapta los objetos a sus necesidades. El proceso de trabajo incluye tres momentos: 1. la actividad del ser humano dirigida un fin, es decir, el trabajo mismo; 2. el objeto del trabajo; y 3. los instrumentos de producción con que los seres humanos actúan sobre el objeto dado (Rosental y Iudin 2004, 466). Luego, el *dremel* es el instrumento de producción de Roxy, que además representa una tecnología, entendida como la mediación concreta entre el conocimiento y la vida cotidiana.

La tecnología en tanto que acción transformadora, actúa en el mundo natural (tecnología material) y en el mundo social (tecnología social). Especialmente, en el mundo social modifica la organización, estructuras y prácticas, de la realidad tanto para mejorarla como para debilitarla y transformarla. En el caso de Roxy, el *dremel* evidencia el rol productivo que cumple la mujer contemporánea en el actual sistema de producción capitalista y, además, refleja la condición de creatividad femenina a la hora de garantizar

su subsistencia mínima en condiciones de precariedad, amplificadas por el contexto migratorio. De igual manera en lo que respecta al individuo, “la acción tecnológica modifica el grado de organización de la subjetividad para reforzar su inserción en el orden social o para debilitar y, eventualmente, transformar las relaciones entre las personas y las estructuras y prácticas sociales” (Paredes 2003, 30). De este modo, al actuar sobre el mundo exterior, los seres humanos modificamos la naturaleza a la vez que nos modificamos a nosotros mismos.

Así, Roxy me informa que conoce muchos oficios. Aunque no duda en decirme con algo de tristeza: “toda mi vida se me fue estudiando para nada, la verdad que para nada. No podía mantener a mi hija ni a mi mamá” (Marval 2019, entrevista personal), sabe que la curiosidad y el afán de conocimiento la llevaron a explorar otras actividades y a reinventarse. Hasta el momento, se ha desempeñado como docente, mesera, promotora, bartender y manicurista-pedicurista. Me cuenta que desde Venezuela ya conocía el arte de la manicura o tratamiento de belleza cosmético para las uñas y manos. Además, me expone que en Colombia aprendió sobre coctelería:

Pensé ok, no voy a ejercer mi profesión, pero por lo menos sé otras artes [...] Llegué a Bucaramanga, era lo más cercano. Empecé a rodar mi maleta por toda esa calle como muchos que lo hicieron así. Y me paré en una fuente de soda. Me senté en una mesa y le digo al señor que me venda un agua mineral, el señor dueño del establecimiento con su esposa estaban haciendo el aseo. Y no me vendieron el agua, sino que me la regalaron. Empezaron a interrogarme que de dónde vengo, que cómo fue mi viaje, que por qué yo me vine, qué cuánto tiempo. Yo pasé 3 días de viaje, desde mi país hasta Colombia, porque yo vivo en un Estado (Sucre) muy alejado. Ese mismo día ellos me dieron chamba, trabajo. Me quedé ese mismo día trabajando. Me dijeron entras a la 1 pm. Ellos me enseñaron. Fui mesonera, servía cerveza, jugos, cócteles, todo lo que vendían ahí. Empecé a lavar los baños, a limpiar las mesas y a llamar clientes. Me quedé trabajando con esas personas muy buenas. Todo ese tiempo pasé en ese trabajo. Yo era la única trabajadora allí. Luego, reuní plata y me traje de Venezuela, al mes, a mi hija. (Marval 2019, entrevista personal)

La situación de la mujer en la actual sociedad capitalista va más allá del mero control de sus capacidades sexuales y reproductoras a través de la familia, para condicionar su papel en la división sexual del trabajo o el reparto social de tareas en función del sexo. La “doble jornada” existe, es decir, muchas mujeres cumplen tareas domésticas y, a la par, trabajos fuera del hogar.

Hemos visto como la división sexual del trabajo en la sociedad capitalista no adjudica tareas productivas cualitativamente diferentes a los hombres y mujeres como tales: una forma tal de diferenciación iría contra la tendencia a la abstracción que lleva consigo la producción de valores de cambio (Amorós 2013, 88).

Así, ellas también son indispensables para el capital, están sin duda insertas en la producción. Sin embargo, las diferencias se dan en el grado de explotación: ya sea empleándose en las mismas tareas que los hombres o en otras susceptibles a mayor grado de subordinación.

Además, ellas siempre son unas trabajadoras posibles y unas desocupadas latentes en función del campo de la reproducción. Tal como lo menciona la filósofa feminista española Celia Amorós (2013), a propósito de la ideología de la división sexual del trabajo, el capitalismo al mismo tiempo que inserta a la mujer en la estructura de la familia, le asigna como “trabajo” la reproducción de la misma familia, teniendo en la ideología del amor uno de sus aspectos más significativos. En la sociedad capitalista, pues, para la mujer, su trabajo y su familia coinciden y los mecanismos de la opresión se solapan (89). De este modo, su aparición en la esfera de la producción reviste un carácter marginal, asentado en la sobre explotación, la provisionalidad, la excepcionalidad o la extrapolación de los roles domésticos en la vida social. La relación mujer-trabajo, a partir del relato de Roxy, enuncia prácticas insertas en lo fronterizo entre la producción y la reproducción, que apelan a lo inestable y precario como condición de posibilidad.

4. De la almohada de Maye al origami de billete de *Las Reinas Pepiadas*

Al proyecto *Las Reinas Pepiadas*, impulsado por la fotógrafa documentalista ecuatoriana Alexandra Maldonado, lo conocí por medio de Maryll, quien lo ubicó para activar su stand de comida típica venezolana en el Festival Internacional de Integración Estudiantil organizado por la Universidad Andina Simón Bolívar. Allí todos los becarios, nacionales y extranjeros, compartimos con la comunidad universitaria gastronomía representativa de cada uno de nuestros países de procedencia como una forma de impulsar el diálogo intercultural. *Las Reinas Pepiadas* se definen a sí mismas como un proyecto de empoderamiento de mujeres venezolanas a través de la gastronomía. La iniciativa inició con la realización de cenas, aproximadamente 22, hasta que abrió un local o arepera ubicado en la calle Mariscal Foch, entre 12 de octubre y Tamayo, en Quito. Este espacio difunde la sazón de la cultura venezolana con deliciosas arepas⁸, tequeños⁹ y jarras de

⁸ Alimento de origen precolombino de Colombia y Venezuela, hecho a base de masa de maíz seco molido o de harina de maíz precocida, de forma circular y aplanada. En Venezuela, la tortilla es comúnmente rellena con ingredientes como carne mechada, pollo, queso, tomate y aguacate.

⁹ Entremés de harina de trigo frito con forma de dedito, relleno de queso, chocolate, guayaba, entre otros.

papelón con limón¹⁰ y contiene la esperanza, ilusión y motivación de al menos 20 mujeres y sus familias. Funcionan como una red, las ganancias se dividen y los recursos sirven para solventar las necesidades de quienes se encuentran en estado de vulnerabilidad, por ejemplo, gastos para regularización, visas de trabajo, entre otros. De esta manera, manera las podemos entender como un cuerpo colectivo, un cuerpo social, en la capacidad de materializarse a través de sus objetos.

La materialidad que abarca el espacio de *Las Reinas Pepiadas* va desde platos y tazas de peltre¹¹ como los que tenían en casa nuestros abuelos, decenas de amarillos paquetes de harina P.A.N.¹² (maíz blanco precocido), abundantes fotografías instantáneas tomadas por Alexandra para su serie *Mirarte* (2018), hormas de madera para zapatos decoradas con historias de camino y creadas para su serie *Los caminantes* (2018) —ahora ubicadas en el baño— y, principalmente, la imagen de un origami hecho con un billete de 20 Bolívares realizado por el artista venezolano Daniel Garrido para su serie *#BilleteSerio*, que actualmente es el logotipo del local y que fue seleccionado por unanimidad como el objeto destacado de la arepera. El billete es rosado y resalta dentro de una enmarcación de madera pintada de blanco. En medio de este escenario, me encuentro con Maye. La primera vez que la veo, la barra o mesón de madera me separa de su sorprendente energía y vigor junto a la plancha para asar arepas. Parece un pulpo, se mueve con mucha agilidad y sin descanso. Es afrocaraqueña y lidera la cocina de la arepera. Tiene 40 años. Tras vivir en Cali, Colombia, por 10 meses, llegó a Quito hace 1 año, donde vive con su pareja Nany con quien sostienen a la distancia a su hija Jeancy, de 14 años, que todavía se encuentra en Venezuela. Maye selecciona una almohada que le regaló su sobrina Valeria cuando tenía 8 años, que seguramente evoca su espacio de descanso y tranquilidad, como el objeto destacado que acompañó su viaje migratorio. La almohada es blanca, alargada y limpia. Esto resulta un tanto discordante, teniendo en cuenta su tremenda vitalidad. Además, el objeto me sorprende por lo cotidiano, transportable y práctico. En tanto, pretendo determinar a qué categoría pertenecen estos objetos, tanto el origami de billete como la almohada, indagar sobre las prácticas

¹⁰ Bebida refrescante de origen colonial de Venezuela, hecha a base de panela o papelón, limón y agua.

¹¹ Pariente de la hojalata, es una aleación compuesta por estaño, cobre, antimonio y plomo. Su uso está ligado a una antigua tradición artesana.

¹² Marca creada por la corporación venezolana *Empresas Polar* y presentada al mercado en diciembre de 1960, cuyo empaque, creado por el búlgaro Marko Markoff, tiene una figura femenina inspirada en la cantante luso-brasileña Carmen Miranda. El nombre de la marca Harina P.A.N. fue idea del presidente de la empresa Carlos Eduardo Stolk Mendoza quien coloca el acrónimo P.A.N. “Producto Alimenticio Nacional”.

culinarias y la comida popular como manifestaciones culturales y averiguar sobre las redes femeninas de solidaridad.

Así, la almohada de Maye encaja en la categoría “regalos con motivo de la migración”, resulta interesante notar que en este caso se trata de un regalo hecho por una niña, por ende, cargado de espontaneidad, cariño y, normalmente, no comprado por ella misma. Al relatarme la entrega de la almohada, Maye me cuenta: “mi sobrina me dice te gusta mi almohada... te la regalo. Mi sobrina bella. Todo, eso no, preferiría dejar la maleta que la almohada. Su almohada, su almohada preferida. Ese rato me puse a llorar. Mi sobrina dormía conmigo y mi mamá. Ella tenía su cuarto con su mamá, me entiendes. Yo dormía con mi mamá. Entonces, ella se pasaba todas las noches con nosotras” (Zabala 2019, entrevista personal). Asimismo, cuando le pregunto qué de su objeto se ha mantenido y qué se ha transformado me indica: “el olor de mi sobrina sigue. Increíble”. Maye al privilegiar el olor o el sentido del olfato frente a otros más reputados como la vista, al igual que Roxy en su momento, presenta una subjetividad alternativa capaz de disputar la cultura visual hegemónica como representación de la masculinidad. Por lo tanto, lo femenino se presenta como lo radicalmente diferente, el afuera del discurso de la razón, una amenaza para la estabilidad del discurso predominante y, por ello mismo, una posibilidad de transformación y constitución de lo femenino como disidencia.

No obstante, la almohada de Maye también puede ser considerada un “geobjeto”, en la medida que ayuda a reconstruir, redescubrir, reordenar o subvertir un territorio específico en su calidad de contenedor directo de huellas y trazos urbanos (Shaday Larios 2018). En el caso de Maye, más que relacionada con una cartografía, la almohada se convierte, como figura metonímica, en la vieja casa y el hogar. Tal como la menciona Michel de Certeau (2000) en sus *Andares de la ciudad*, donde reflexiona sobre el acto de caminar como un acto de habla, el peatón se apropia de las estructuras preexistentes para crear su propio discurso y, así, actualizar un conjunto de posibilidades y prohibiciones de los espacios urbanos. En el recorrido del caminante hay implícita una retórica, que en el relato de Maye coincide con la sinécdoque que, esencialmente, nombra una parte en lugar del todo que la integra (114). De esta forma, “almohada” representa “casa” en la narración de su trayectoria. Evidencio una densificación, Maye amplifica el detalle y miniaturiza el conjunto.

Por otra parte, el origami del billete de 20 Bolívares pertenece a la categoría del “objeto pobre”, desarrollada por el artista y director de teatro polaco Tadeusz Kantor (2005), quien reflexiona sobre la materialidad precaria para abstraer biografías del

deterioro y el desgaste. En esta situación específica, el objeto de *Las Reinas Pepiadas* se presenta como una biografía del reciclaje y de las secuelas que está dejando la crisis económica en Venezuela. Resulta fascinante la paradoja de los billetes, máxima de expresión de capital y riqueza, que ya no valen nada y nadie los quiere. Muchos han hecho con ellos manualidades, entre las que se encuentran figuras de animales, bolsos, cinturones y billeteras, o “billete art” para la venta callejera. Una de las estadísticas que se conoce, indica que producir un billete en Venezuela le cuesta al Estado casi 500% más de lo que indica su denominación nominal. La inflación destruyó la capacidad adquisitiva de los venezolanos y convirtió a los billetes de baja denominación y circulación legal en piezas casi inservibles para el uso cotidiano y útiles para desarrollar estos emprendimientos en la urgencia. Así, como lo precisaba Kantor (2005), el billete como “objeto pobre” es inútil en la vida, no tiene esperanza de cumplir sus funciones vitales, ha sido despojado de su valor práctico (415).



Imagen 5. Objetos de *Las Reinas Pepiadas*
Fuente: Gina López, 2019

Igualmente, no es algo menor el hecho de que el logotipo de *Las Reinas Pepiadas* contenga el billete con la imagen de una mujer: Luisa Cáceres de Arismendi, heroína y prócer de la Independencia de Venezuela, esposa del General Juan Bautista Arismendi, líder del Ejército Patriota, con quien tuvo 12 hijos. Fue secuestrada por el Ejército Realista por más de 3 años, en tanto, simboliza el “temple inquebrantable de la mujer revolucionaria y luchadora”. Era el único billete venezolano que mostraba un personaje femenino en su anverso, hasta el 2018, cuando entró en circulación el billete de 2 bolívares con el busto de Josefa Camejo, heroína patriótica de la guerra de Independencia

de Venezuela. El billete con Luisa Cáceres de Arismendi fue introducido por primera vez en 2008 en el billete de 20 Bolívares, luego, su busto también fue incorporado en el billete de 5.000 Bolívares en 2017. La escasa incorporación de rostros femeninos en el papel moneda de circulación latinoamericana evidencia el olvido de la labor de las mujeres por la historia. Las mujeres hemos estado presentes en todos los movimientos sociales, sin embargo, existe un entorno de desigualdad, exclusión, violencia, falta de acceso a la justicia o a las mismas oportunidades económicas, políticas y sociales masculinas.

Asimismo, sin lugar a dudas el centro vital de esta arepera, que resemantiza el clásico dicho “mujeres a la cocina”, es la comida. Desde su mismo nombre, *Las Reinas Pepiadas*, que alude al tipo de arepa más popular de Venezuela que contiene pollo mezclado con aguacate y mayonesa. Su historia nos traslada a su humilde origen de manos de una matrona venezolana. La anécdota cuenta que, en 1955, María de los Santos Álvarez y sus hijos, dueños de una cadena de restaurantes llamada *Centros de Nutrición de los Hermanos Álvarez*, idearon este relleno de arepa para honrar la belleza de la venezolana Susana Duijm que había ganado el concurso de *Miss Mundo*. La fonética de su nombre, “pepeada” o “pepiada” significa en el argot local “espectacular”, pero también tiene el sentido de llena de pepas o semillas. El precio de las arepas en ese entonces era muy económico, sin embargo, la *reina pepiada* se vendía a un bolívar por lo que pasó a convertirse en un producto aristocrático.

Al hablar de comida popular, nos referimos a un fenómeno cultural cambiante y con la riqueza de la tradición. Es una manifestación de conocimientos que se transmiten de generación en generación, sin dejar de estar sujeta al mercado y la globalización. “Si bien las posibilidades de acceso influyen en nuestras costumbres alimenticias, éstas representan un complejo conjunto de creencias, ritos, normas, símbolos, a las que habrá que sumar las posibilidades económicas de consumo” (Naranjo 2007, 885), Generalmente, las perspectivas socio-antropológicas consideran que los procesos relacionados con la alimentación humana son tanto prácticas materiales y sociales como simbólicas y expresivas (Carrasco i Pons, 1992). Entonces, debemos entender que la comida tiene que ver con todo un bagaje de costumbres, creencias y afectos. Justamente, en algún momento, Maye me señala risueña: “Todos los venezolanos nacemos con una harina P.A.N. bajo el brazo” (Zabala 2019, entrevista personal). De la misma manera, es indispensable resaltar el papel de generaciones de mujeres que, comúnmente, son las que poseen y mantienen los conocimientos y secretos culinarios, debido al cuidado de sus familias a través de la nutrición y alimentación. El conocimiento de las prácticas

culinarias, tanto tecnológicas como sociales, sirven para comprender su verdadera dimensión en el centro de la organización de las comunidades.

De modo particular, el lazo entre comida y migración evidencia un mecanismo simbólico de “inclusión” en la nueva cultura cuando se consumen los alimentos típicos de la sociedad receptora o de “continuidad” cuando se consumen los alimentos del país de origen (Bonhomme 2011; Dyck y Dossa 2007). En otras palabras, la alimentación juega un rol importante en la sensación de integración y estabilidad de los migrantes. En tal caso, la comida permite negociar entre diferentes elementos culturales, puesto que materializa el entendimiento de una cultura. En el caso de *Las Reinas Pepiadas*, la integración de arepas de hornado¹³, por ejemplo, dan cuenta de un proceso creativo y sensibilizador de transculturación, donde los cambios culturales continuos suscitados en el interior de las sociedades se hacen evidentes. Se trasciende la representación binaria y estática del enfrentamiento cultural para notar que las transmutaciones culturales complejas implican procesos de aportación recíproca, en los cuales diversas formas perviven, superviven y se contagian. La movilidad de la comida supera límites espaciales y permite transferencias. Así, el sentido de hogar se vuelve cada vez más portable (Rapport y Dawson citado en Bonhomme 2013, 69). En síntesis, tal como plantea la antropóloga sociocultural griega especializada en cultura material, Elia Petridou (2001) al respecto de su investigación *The taste of home*, “la comida sirve como una forma material que media, objetifica y moldea entendimientos de la diferencia” (101).

¹³ Plato típico de Ecuador, que nació de la tradición europea, específicamente, segoviana del asado de cochinitillo. Proviene de la palabra “hornear “ y consiste en carne de cerdo hornado, principalmente, en leña, acompañado de distintas salsas y vegetales cocidos, como por ejemplo choclo, tortilla de papa o llapingachos, plátano maduro frito, aguacate, lechuga, tomate y demás ingredientes dependiendo la zona geográfica donde se lo prepare.

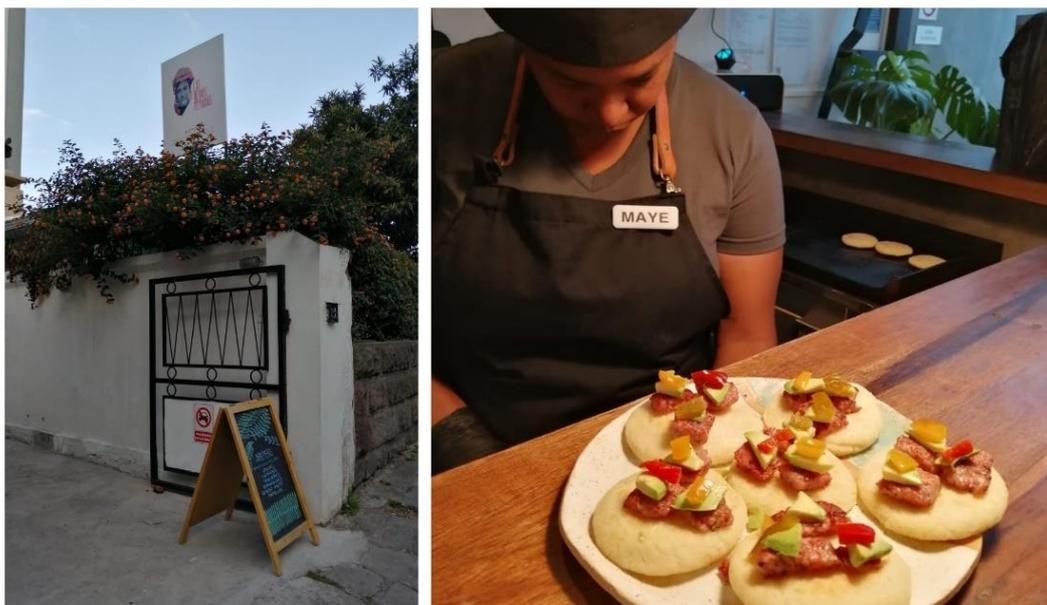


Imagen 6. Habitar *Las Reinas Pepiadas*
Fuente: Gina López, 2019

Antes de profundizar en el tema de las redes femeninas de solidaridad, quiero puntualizar que el acto de comer y los ritos de preparación de los alimentos nos hablan de un fecundo lenguaje simbólico y emocional. Partiendo de la cocina popular, la red de *Las Reinas Pepiadas* se articula alrededor de la posibilidad de expresar sentimientos, emociones, estatus y formas de vida. Entonces, la cocina es una construcción cultural y afectiva significativa en lo que mantiene el organismo en funcionamiento y forja relaciones sociales y vínculos identitarios (Naranjo 2007, 933). En lo que a redes femeninas atañe, partamos del concepto de “sororidad” o la solidaridad, apoyo, coexistencia y hermandad entre mujeres en contextos patriarcales. Fue propuesto por primera vez a comienzos del siglo pasado por Unamuno¹⁴, utilizado en los años 70 en la versión inglesa *sisterhood* por la feminista de la segunda ola Kate Millet e incorporado a fines de diciembre de 2018 al diccionario de la RAE en su versión en español. La palabra tiene origen latino y procede de *soror* o hermana. No obstante, a más de la mera solidaridad refiere a “una alianza existencial y política, cuerpo a cuerpo, subjetividad a subjetividad con otras mujeres, para contribuir con acciones específicas a la eliminación social de todas las formas de opresión y al apoyo mutuo” (Lagarde 1997).

¹⁴ El escritor y filósofo español usó el término “sororidad” en su novela *La tía Tula* (1921) para cubrir una carencia léxica: el amor de la hermana, refiriéndose a la tragedia de Sófocles sobre Antígona: “habría que inventar otra palabra que no hay en castellano. Fraternal y fraternidad vienen de *frater*, hermano, y Antígona era *soror*, hermana. Y convendría acaso hablar de sororidad”.

El espacio de *Las Reinas Pepiadas* constituye una forma cómplice de actuar entre mujeres. Tras unos breves encuentros previos, la tarde-noche que me decido a pasar ahí puedo experimentar como una familia entera (un hombre, dos mujeres, una niña y un bebé recién nacido en brazos) que se dedica a la venta informal de cigarrillos es recibida, invitada a descansar en un sillón, hidratada y abrigada. Es una familia que Alexandra se ha dado el tiempo de conocer y apoyar, los motiva para que la niña vaya a la escuela, sabe que el bebé nació aquí en Ecuador, ya que la madre, Oleany, a los 7 meses de embarazo fue en auto y no caminando a la frontera a retirar a su niña gracias a su gestión. Conoce, además, que esta es una migración de madres que tiene a los niños y su futuro como motor, tras su extenso trabajo de campo en la frontera, sitio donde vio de primera mano a más de 150 niños cruzando solos, entre ellos, a Ecuador para encontrarse con sus padres o avanzando hasta Perú para lo mismo. Al consultarle sobre cómo ha sido el trabajo entre mujeres me contesta:

Es hermoso. Cada una venimos de nuestras vidas con diferentes enseñanzas y encontrarnos en este punto tiene algo, reconocernos en la otra. La energía femenina es tan increíble, es diferente como nos comunicamos y lo que podemos lograr. Como mujer puedo dirigirme mejor con otras mujeres [...] Nos fuimos conectando, se fue dando así, no se planeó. En los refugios las conversaciones iban mucho mejor con otras mujeres y con los niños. A los hombres les costaba un poco más abrirse. Las mujeres me contaban con honestidad lo duro que es. Es esa cosa del confiar, a veces se nos hace más fácil confiar en alguien que es semejante a nosotros [...] Somos las mujeres aquí hablando sobre migración desde esa sensibilidad. (Maldonado 2019, entrevista personal)

Igualmente, al percibir la historia de ese cuidado en las trayectorias sociales de acuerdo a nuestro lugar de enunciación, Nany me manifiesta que: “aunque se dice que el hombre tiene más oportunidades de trabajo porque tiene la fuerza, aquí no ha resultado así, porque nosotras gracias a Dios tenemos el don de la palabra y la habilidad de manejar muchas situaciones al mismo tiempo” (Morales 2019, entrevista personal). Además, me sugiere que esta red la sostiene emocionalmente de la experiencia de dejar a su hija y le brinda esperanza de sustentar materialmente su reencuentro:

Yo salgo básicamente por ella, porque tiene una condición cardíaca. En un principio Maye nos ayudaba y ayudaba a su familia, pero ella sola no puede. Así que salgo yo para, luego, ya poder traerla con nosotras y darle una mejor condición de vida. Ella me lo pidió de regalo de cumpleaños, me dijo “mami ya es momento de que salgas y ver qué pasa”. Todos los días está pendiente, hasta de qué comemos a diario, de si nos ponemos zapatos, de si nos compramos un pantalón [...] Quiere todo lo mejor para nosotras. No es fácil, pero tampoco es imposible seguir en esta lucha de día a día. Es algo maravilloso de verdad saber que va a estar bien [...] En Venezuela era una mamá que tenía dos empleos, con Maye siempre hemos sido súper mamás como mi hija dice, “yo tengo dos súper mamás”, porque las dos trabajábamos en un empleo a parte y hacíamos eventos. Igualmente, Maye

cocinaba y yo me encargaba del área de postres y decoración. (Morales 2019, entrevista personal)

Las experiencias comunes y compartidas articulan y fortalecen estas redes femeninas. Alexandra me cuenta que la clave está en tratar de mirar objetivamente como pueden contenerse una vez que se ha convertido en ese soporte y lugar al que siempre pueden acceder cuando lo necesiten. Al final de la jornada, Alexandra se para junto a Maye, ambas tienen la pierna ligeramente girada hacia afuera y la mano en la cintura. Se quedan viendo y Alexandra bromea que ya se para igual a Maye. Todas nos reímos a carcajadas. Al final, esta red sorora funciona así: reconociéndose en las otras al límite de la simbiosis.

5. Un sitio muy pequeño, relocalizando lo habitable

La constitución de lugares es uno de los grandes desafíos colectivos e individuales hoy en día. De acuerdo con Augé (1992), aquello en donde habitamos deviene para nosotros y para los nuestros en “lugar antropológico” a diferencia de los “no lugares”, que son de tránsito, donde pasamos sin construir relaciones. De esta manera, para las migrantes, la ciudad de acogida puede devenir en un “no lugar”. No obstante, poseemos una agencia capaz de producir lugares antropológicos en función de sus usos y apropiaciones. En este sentido, entendemos que los objetos en los que se han invertido afectos y recorridos activan el “lugar antropológico”, se convierten en cobijo existente. Las viajeras están en la capacidad de afectar el espacio y afectarse por el espacio. Así, la residencia no es vista como un terreno o sitio de partida, más bien como una práctica de reconstrucción. ¿Qué se trae de un sitio previo?, ¿qué es lo que permanece igual, aun cuando una viaja?, ¿cómo el nuevo ambiente lo mantiene y lo transforma? Este montón de preguntas me empiezan a revelar la virgen “arrecha”, el *neceser* de herramientas de trabajo, el anillo quinceañero, la camisa sin lavar y la almohada que acompañaron los viajes migrantes de mis interlocutoras como una suerte de “objetos religadores”, desde donde es posible hacer resistencia al caos exterior.

Las experiencias cotidianas son lo habitual, por eso hay quienes habitan desde el momento en que se encuentran en contacto con los objetos o lugares que forman parte del entorno habitable. El espacio habitable es la construcción continua en el sentido de cultivar o cuidar, el construir es un erigir por medio de las experiencias cotidianas, los hábitos y lo habitual. Entonces, los “objetos religadores” al momento de las relocalizaciones desencadenan unos denominados “ritos de interacción”, que son ante

todo puestas en escena ordenadas e inteligibles de las conductas individuales (Le Breton 1998, 76). Las mismas que están relacionadas con su ubicación en el espacio, su desempaque o no y sus usos en momentos específicos, como por ejemplo la virgen “arrecha” de Maryll que es utilizada en situaciones de incertidumbre, expectativa y angustia o la camisa sin lavar de Roxy que es usada algunas noches para dormir; razón por la cual prefiero denominarlas como “ritualidades íntimas de interacción”. En este orden, sugieren un modo de uso del cuerpo y la palabra en la intimidad, inclusive para el intercambio con los otros. Toda práctica social es una experiencia corporal simbólica y compartida. Además del lazo intrínseco entre lo corpóreo material y la subjetividad que lo sostiene, el rito se constituye en un principio para todo encuentro.

El ser existe en alguna parte y el ser humano como tal es el escenario o el primer lugar a apropiarse desde el cual será posible ser en el mundo como tal (Yory citado en Cuervo 2008, 49). Habitar es mostrarse, el cuerpo humano mismo es concebido como una porción de espacio, con sus fronteras, sus centros vitales, sus defensas y sus debilidades, su coraza y sus defectos, sus añoranzas y sus anhelos. El cuerpo se transforma así en el modo personal de tener un mundo y habitarlo con todas las relaciones que eso implica. El reconocimiento de miradas simultáneas, viejos y nuevos entornos vívidos, reales, enfrentados implica considerar a toda la tierra, incluso a una misma o a la propia subjetividad, como una tierra extraña. No obstante, la sugerencia no está en vivir esa independencia y desapego con distancia de las relaciones y los compromisos. Al contrario, resulta fundamental trabajar con los afectos, no rechazarlos, puesto que las emociones crean espacios (Zaragocín 2017).

No obstante, las ritualidades sociales que rodean la afectividad transforman con el paso del tiempo su intensidad y contenido. Las personas y sus situaciones son las que enuncian la significación del acto y, en este sentido, la experiencia de relocalizar tras un proceso migratorio implica un conjunto de prácticas y disposiciones, partes de las cuales podrían recordarse y articularse en contextos determinados. De esta manera, habitar es un concepto complejo que incluye utopías, memorias y emociones. El entorno se vuelve habitable cuando existe alguien que piense, imagine o idealice las características del objeto habitado. En este sentido, las mujeres migrantes están habitando las cosas materiales e inmateriales, aquellas que pueden tocar, pero también las que pueden imaginar. Consecuentemente, un lugar o espacio nunca es vivido o habitado del mismo modo, porque es el resultado de la interacción de varias personas. A medida que cambia

el entorno y las personas, transmuta la manera de habitarlo. Habitar es una acción cotidiana.

Entonces, existen innumerables expresiones del habitar en la cotidianidad del ser humano. La memoria es la encargada de no olvidar el eslabón entre subjetividad y lo que le antecede. La memoria se vuelve un elemento fundamental para el mantenimiento de un sentido de integridad, memoria que es siempre constructiva. Menos de 300.000 km², totalizando la extensión continental e insular, ocupa el Ecuador, por lo que se trata del cuarto país más pequeño de Sudamérica. Gigantes como Brasil tiene más de 8 millones de km², Argentina posee 3 millones de km² y Perú, Colombia y Bolivia cuentan con más de 1 millón de km² cada uno. Aunque podría sonar chico, las migrantes están habitando aún sitios más diminutos: 12 cm de madera MDF de la imaginería de una virgen, 25 cm de un neceser, menos de 5 cm de un anillo, 53 cm de ancho por 75 cm de largo de una camisa, 80 cm de una almohada e inclusive la abstracción de un pensamiento o deseo. “Objeto religador”, ciudad de Quito, Ecuador, América, centro del mundo, globo terrestre, sistema planetario solar, Vía Láctea, Cúmulo de Virgo, Macrocosmo.

El sujeto es el resto, la esquirra. Está presente, pero al mismo tiempo, está traspasado por herramientas de trabajo, imaginería de vírgenes, camisas, almohadas, neceseres, anillos; imágenes que anticipan experiencias históricas posteriores, que desaparecen fugazmente. La personalización no es explícita, hay una tenue oscilación entre el “yo” y el objeto (Sedlmayer 2010). Tanto una base territorial como material organizan el recuerdo. Así, el análisis desde las cosas en que habitamos podría ser visto no como deseo de verdad o construcción de un sujeto pegado a una estructura, sino más bien como una noción que busca superar la fijeza que engañosamente suele ofrecer la idea de identidad.

Capítulo segundo

Los cruces: historias y tránsitos migrantes

*(...) El mundo, no ya como un recorrido que
 hay que volver a hacer sin parar, no como una
 carrera sin fin, un desafío que siempre hay que
 aceptar, no como el único pretexto de una
 acumulación desesperante,
 ni como la ilusión de una conquista, sino como
 recuperación de un sentido, percepción de una
 escritura terrestre, de una geografía de la que
 habíamos olvidado que somos autores*
 (Georges Perec, *Especies de espacios*)

La palabra migrar está vinculada con la raíz latina *mei* que aglutina otros verbos conectados con la idea de cambiar o mover. La migración significa el desplazamiento, voluntario o por coerción, de un lugar a otro para instalarse o ejercer la residencia. La migración es inherente a la especie humana, fue el móvil por el cual la humanidad se difundió por el planeta. De hecho, “el transporte no es más que otra forma de comunicar. Es así que la historia de la movilidad humana es siempre la historia del transporte y las comunicaciones [...] Mientras existan seres humanos, existirán las migraciones” (Salazar 2008, 573). La globalización y el actual sistema capitalista potencian agresivamente nuestra innata necesidad de movimiento. En tanto, la migración expresa de distinta manera una lógica económica de conflicto entre clases, pero también un sistema de jerarquización cultural, racial, espacial y de género (Castles y Miller 1998).

La migración junto al exilio, tal como lo percibía Said (2005), supone una forma de ser discontinua y una disputa con el lugar de origen. Por lo tanto, es un poderoso y enriquecedor motivo de la cultura contemporánea. Así, podemos apelar por entender este fenómeno desde la fuerza, influencia e impacto de los nexos transfronterizos. Es decir, convocar una perspectiva transnacional, que rechace la idea de que la sociedad y el Estado-nación son lo mismo. Asimismo, socavar la idea del tiempo lineal, deductivo y claro en la medida que no existe una actualización, sino una colisión entre pasado y presente. Lo que nos permitiría observar las identificaciones en estas sociedades de identidades múltiples, cambiantes y en conflicto.

La migración implica travesías, decisiones, destinos, no lugares y encuentros con otros. El mundo ha sido marcado desde la antigüedad por fronteras, algunas claramente visibles, físicas, y otras imaginarias, intangibles. Líneas divisorias que marcan un antes y

un después, una primera experiencia, una pérdida o un olvido. Una vez que repensamos las fronteras de la vida social, queda claro que la simultaneidad es un aspecto que necesita ser explorado. “La incorporación de los migrantes a una nueva tierra y las conexiones transnacionales con un terruño o con redes dispersas de familiares, compatriotas o personas con las que se comparte una identidad religiosa o étnica, pueden darse al mismo tiempo y reforzarse entre sí” (Levitt y Glick Schiller 2004, 62). En otras palabras, las actividades, las rutinas diarias y las instituciones se sitúan tanto en los Estados-nación de destino como transnacionalmente. Los migrantes se encuentran “múltiplemente situados” en palabras de Antonio Cornejo Polar (1996). La experiencia de la migración transnacional se balancea entre un país de recepción y unos vínculos transnacionales — establecidos por los medios de comunicación, la economía, la política o la religión—. Las redes se extienden por múltiples estados y sus producciones culturales reflejan sus múltiples localidades.

De acuerdo con estas perspectivas, a continuación, a partir de las historias de Maryll, Sonia, Roxy y Maye, nuevamente, entraremos desde el círculo de los objetos al círculo de los afectos (la capacidad de afectar y ser afectado), sin dejar de considerar sus intersecciones. En tanto, evidenciaremos los efectos emocionales de la migración desde las simultaneidades y las fronteras entre la tristeza y la esperanza, lo extraño y lo familiar, la sujeción y la agencia. Tal como lo señala Mabel Moraña (2012), a propósito de su reflexión sobre el potencial de estudio del “giro afectivo” en América Latina, el afecto es un nivel ineludible de manifestación y expresión de lo social. Así, éste se convierte en un vehículo epistémico alternativo a la racionalidad instrumental y en una línea de fuga de la modernidad, puesto que circula resistiendo el control disciplinario del Estado y sus instituciones (315). Al tiempo que permea las relaciones intersubjetivas, la órbita de la domesticidad e intimidad y se adentra en todos los niveles de la esfera pública.

La intención es dar cuenta de los procesos culturales de apropiación y resignificación, con base en el aislamiento por la pérdida de contacto con la firmeza y satisfacción de la tradición, familia y geografía; la imposibilidad del retorno; y los desesperados intentos de contactarse con el nuevo entorno, que emergieron como algunas de las principales preocupaciones de mis interlocutoras. “El impulso afectivo modela la relación de la comunidad con su pasado, la forma de lectura de su presente y la proyección hacia el futuro posible, deseado e imaginado en concordancia o en oposición a los proyectos dominantes” (Moraña 2012, 315). La experiencia de otras geografías demuestra que además de viajar de ida, se explora el interior y se hace un viaje colectivo hacia una

historia, a su vez, colectiva, pero invariablemente muy propia. En concordancia con lo que plantea el catedrático uruguayo Abril Trigo (2012), el universo afectivo siempre ha desempeñado un papel primordial en la configuración de la subjetividad. Constituye el lado oscuro de las identidades y los imaginarios sociales. Es en el goce que produce la identificación con lo simbólico (ideología, imaginario, Estado o religión) donde el individuo interpelado se realiza como sujeto (39). En tanto, el sujeto es simbólico.

De la misma manera, en los apartados posteriores discutiremos la clase, la raza y el género juntos, dado que son construidos de manera recíproca, y no como ámbitos discretos de experiencia. Éstos conllevan un poder social diferenciador. Las relaciones sociales en campos transnacionales se intersecan y traslapan, “los individuos ocupan distintas posiciones de género, raza y clase dentro de diferentes Estados en el mismo momento” (Levitt y Glick Schiller 2004, 72). La migración ha sido entendida como una estrategia para maximizar los beneficios y diversificar el riesgo. No obstante, los migrantes transnacionales y los miembros no migrantes de sus redes siguen estrategias a largo plazo en sus formas de vida transnacional, para mantenerse dentro o salirse de estas exigencias del sistema moral de obligaciones, también, transnacionalizado.

Adicionalmente, cabe destacar que las migraciones activan algunos cambios en las dinámicas de relación entre hombres y mujeres. Los estudios de género han cuestionado la interpretación de la migración solo como estrategia familiar, puesto que han evidenciado que migrar representa también un deseo de evadir un modelo de sociedad sexualmente jerarquizada, perpetuado y recreado justamente al interior de la propia institución familiar (Pagnotta 2014). Así, los conflictos domésticos como causa de las partidas y la condena social por el abandono de hijos suelen formar parte de la problemática. Sin embargo, la migración, además de ser un posible camino a la emancipación, enfrenta a las mujeres a riesgos importantes como la explotación sexual, la trata de seres humanos, la violencia y la relegación a labores tradicionales de la división sexual del trabajo. Por lo tanto, es prioritario revisar el estatus económico, la capacidad de decisión, la autogestión, el cambio de roles y el prestigio que el recorrido migratorio otorga a cada individuo.

La producción ha enfocado gran parte de los trabajos sobre los fenómenos de transnacionalismo, pero la reproducción también tiene un lugar por encima de las fronteras y es un aspecto trascendental de la migración. En consecuencia, el replanteamiento de las reflexiones sobre el terreno en que se dan los procesos sociales también debe incluir la reproducción social. Las personas bajo cuidado, con frecuencia,

son el eje central y el argumento decisivo de la migración femenina. Así, nos queda cuestionarnos acerca del conocimiento convencional de la familia y su naturaleza cambiante en el tiempo y el espacio. En definitiva, en las siguientes líneas observaremos que la negociación de la identidad en el nuevo contexto es un proceso complejo, que involucra tensiones tanto sociales como familiares y que los afectos y las materialidades proporcionan espacios acogedores de conexión para pensar, reflexionar, reconstruir, recuperar y enfrentar lo nuevo y lo perdido.

1. Entre la tristeza y la esperanza

Al hablar de migración, hablamos de un fenómeno multidimensional, pero basta decir para este análisis que lo que comparten varios de quienes migran es la convicción de encontrar bienestar y prosperidad. Una serie de detonantes obligan a tomar la decisión del desplazamiento, entre ellos, las formas de violencia son las más recurrentes: guerra, persecución, narcotráfico y guerrilla. Otros factores decisivos del mosaico de motivos que desatan la huida o el fuerte deseo de dejar atrás un espacio donde la vida ya no tiene valor son los desastres naturales, sistemas de gobierno, hambre y pobreza. El mundo se mueve y nosotros con él, con todas sus asperezas y dramas. Los caminos son tortuosos y, a veces, mortales. Y, más allá del viaje físico, entre algunos de los flujos metafísicos, la decisión y el trauma de la escisión es siempre el más difícil.

El desplazamiento es comprendido no sólo como un recorrido que va dejando a su paso transformaciones, sino también como una pulsión que alienta la sobrevivencia. En lo que concierne a la movilidad humana, en realidad el mundo no es global para todos, una lectura más profunda del alma y la psique nos demuestra que el ser humano es capaz de sobrevivir a situaciones límites porque hay algo que mantiene viva la esperanza. También, porque en estos periplos e impulso de moverse de un lugar a otro están la tristeza, algo que conmueve, afecta o sorprende. En tanto, busco indagar sobre las travesías, las decisiones y las familias transnacionales que ofrecen una posibilidad.

El afecto constituye una de las “intensidades no discursivas” que se deben reivindicar para producir cambios de subjetividad tanto en gran escala como a escala molecular o microfísica (Moraña 2012, 316). La sensibilidad circula y se distribuye a nivel colectivo en cuanto a percepciones, saberes y sentires en el espacio compartido de la subjetividad socializada. Algunos autores como la filósofa feminista y teórica psicoanalítica australiana, Teresa Brennan, respecto a la transmisión del afecto y sus

componentes inherentes, enfatizan el elemento de juicio y estudian la circulación del afecto entre sujeto y medio, entre sujetos, las actitudes sociales y la creación de atmósferas que acompañan las expresiones de la afectividad.

De este modo, aun las decisiones más razonadas o frías movilizan la afectividad y son procesos a los subyacen valores, significaciones y expectativas (Le Breton 1998, 102). Tal como lo enfatiza Sonia en su historia de tránsito, el corazón y la razón se entrelazan:

Encontrarse uno aquí solo, sin conocer a nadie, que va a hacer, sin un norte definido, sin nadie que le espere [...] Las estrategias estaban, pero yo tuve que buscar las opciones. Eso fue muy duro. Salir a la calle y encontrarse con que no sabía cómo moverme. A mí me daba miedo montarme en las ecovías, la dueña de la casa me decía que a ella le habían cerrado la puerta y le habían reventado los oídos, que tenía que ser rápida. Cuando llegaba la noche me daba miedo salir a la calle, porque no conocía. Era como que mi mente estaba tapada. A mí me decían aquí yo agarraba para otro lado porque no daba. No coordinaba debido a mi estado emotivo. Sentía miedo, tristeza. Imagínate que yo iba por las calles y lloraba. Era una situación demasiado compleja en el sentido que todo me era desconocido. (Rangel 2019, entrevista personal)

No nos elevamos de nuestras emociones, a veces las vertemos en otros registros, pero nunca las eliminamos. Al interior de los campos sociales transnacionales, las personas deciden, estratégicamente, cuáles nexos promover activamente y cuáles desatender. Así, Sonia recuerda:

Los sábados que me levantaba, salía el sol y me pegaba esa nostalgia de la familia. Eso era tremendo. Salía un dolor sin calma. Llegué a aterrizar con el tiempo. Un día que iba caminando, ya había llegado mi otro hijo, estaba el sol bien clarito, me acuerdo tanto, y estaba el arcoíris. No me puedo olvidar nunca. Y yo iba caminando, cuando yo vi el arcoíris yo sentí una emoción y yo miraba las plantas y decía Dios mío de que me he perdido yo, porque llegó un momento que sentía que la vida no tenía sentido. Caminaba y se me hacía largo. Esas son pruebas y aprendizajes. (Rangel 2019, entrevista personal)

Igualmente, Roxy al recordar las emociones ambiguas vinculadas a este proceso me cuenta:

Hay muchos sentimientos encontrados. Por una parte, es muy malo alejarse tanto de la familia, ver envejecer a tu mamá por video llamada, ver crecer a tus sobrinos e hijos a través de una pantalla. Eso es muy duro. Yo extraño desde el perrito que dejé en casa, por el que siempre pregunto y al que le mando para su comida, hasta el agua que me tomaba de la nevera de mi mamá. A veces, te encuentras tan solo que te deprimas tanto que no puedes ni contigo mismo. Sin embargo, por otra parte, conoces otras culturas. No todo es malo, conoces gente buena, te relacionas con otro tipo de gente. Conoces otros paisajes y gastronomía. Aprendes idiomas, dialectos y otros oficios. Lo triste es que estás lejos de tu familia. (Marval 2019, entrevista personal)

También, al seguir indagando sobre las emociones y los sentimientos, Maryll me refiere: “Siempre recuerdo como éramos felices. Con mis amigos tenemos una frase: “éramos felices y no lo sabíamos”. Como estábamos cómodos, no notábamos nada. Ahora que ha sido tan difícil, es increíble ver como no nos dimos cuenta. Nos teníamos. No valorábamos muchas cosas” (Noguera 2019, entrevista personal). La emoción, en la relación del individuo con el mundo, es la resonancia propia de un acontecimiento pasado, presente o futuro, real o imaginario. Nace de una causa precisa y se cristaliza con una intensidad particular. Los sentimientos, por su parte, están más arraigados en el tiempo e integrados a la organización corriente de la vida. En general, lo fundamental es el proceso por el cuál, el afecto pasa de la virtualidad al ser-en-acto.

De acuerdo con Mabel Moraña (2012), el individuo articula, a partir de los afectos, los requerimientos del mundo y desarrolla formas de agencia, anteriores y exteriores a la racionalidad del Estado, fuerzas a-teleológicas, fluctuantes y nomádicas (327). En este marco, se crea una relación afectiva entre sujeto y medio, donde la materialidad y lo simbólico se funden para dar a los objetos-mercancías un valor afectivo que circula por los espacios de intercambio y socialización, lo que Trigo (2012) define como “economía libidinal”. En este punto, me parece primordial retornar a la noción de cultura material, trabajada en el capítulo anterior, y a la del ser humano como *homo faber*, que no ha dejado de producir y utilizar una pluralidad de objetos de los que se ha servido para mejorar progresivamente la eficacia de su acción.

Sin embargo, sabemos que en esta asociación no podemos reducir a los objetos a medios con los que los humanos alcanzamos nuestros fines. Tal como lo postula el sociólogo francés Bruno Latour (2001), si los objetos median en nuestra acción es porque ellos aportan su eficacia y fuerza material y causal. Lo que inmediatamente nos recuerda al *dremel* de Roxy, el *neceser* de Sonia y el origami de billete de *Las Reinas Pepiadas* que, efectivamente, evidencian una energía afectiva proyectada en los objetos. Como si eso no bastara, lo íntimo, las vivencias y las afectividades de mis interlocutoras además han ocupado lugares y, principalmente, han abierto espacios, allí donde en principio estaban clausurados para ellas. Una intimidad clausurada que se desborda. Nuestros cuerpos con otros cuerpos haciendo territorio, un paisaje otro, nos dirá la geógrafa crítica Sofía Zaragocín (2017). Así, quedan como evidencia la arepera sorora y segura, que se va llenando con los rostros y las historias de más mujeres, y el salón de belleza acogedor y receptivo, donde se sueltan frustraciones del tránsito, se aprende a escuchar, trabajar y volver a la estructura como la misma Sonia lo cuenta:

Yo tengo aquí personas con mucha necesidad [...] Yo guardo todo porque sé que viene uno en camino. Aquí me han llegado señoras que no tienen ni zapatos y yo les he buscado zapatos para que trabajen. Personas que solo tienen un pantalón y lo lavan en la noche para poder usarlo la mañana siguiente; personas que no tienen con que arroparse; y personas que no tienen que comer. Personas que se vienen con tristeza y desesperadas. Esto (la migración) cambia el carácter porque se ponen rebeldes. Con un estado de ánimo a la defensiva. Me toca fuerte porque, a veces, me toca enfrentarlos y hacerlos aterrizar. “Mire dónde está, mire para adelante, usted tiene un techo, un trabajo. Mire a los que vienen allá caminando”. Hay que resolver. A mí me toca ayudar en la parte psicológica y material. Yo he tratado de sembrar para recoger los frutos y ayudar. Me puse dura, ayudar con condición. “Yo le voy a dar esto, pero usted respete eso”. Los límites, no abusar. Aquí la confianza se gana [...] Hacer lo que toque hacer, pero bien. Yo les digo siempre a las personas “todo lo que usted haga con amor viene con bendición”. Uno se vuelve más duro. Yo era muy sentimental y me he puesto dura, pero nunca en el sentido de no ayudar al prójimo. (Rangel 2019, entrevista personal)

Latour (2001) postula que las explicaciones sobre la vida humana deben tener permitido incorporar los objetos como factores activos en la agencia. Los elementos con los que nos asociamos se muestran como agentes o “actantes” que participan en la acción de otro modo que el previsto para ellos. El carácter agitado y activo de los objetos nos permite comprender lo sensible como todo aquello que produce diferencia en el curso de una acción. Así, como lo explica Alexandra de *Las Reinas Pepiadas*: “La migración para mí significa riqueza absoluta. Me cambió la vida. Es diferente caminar con un propósito [...] El otro día escribieron un graffiti afuera del local que decía “más amor” y yo le decía a la Maye “eso es tan hermoso porque esto es a través del amor”. Si todo se haría con más amor, sería tan diferente” (Maldonado 2019, entrevista personal).

Además de la tristeza está la esperanza. Sonia me expresa: “Migrar es la etapa más dura del ser humano. Es sentir que te llevas tu vida en una maleta. Dejar su familia, dejar sus hijos, su casa, su almohada, la cobija, la cama donde duerme. Eso es fuerte. Aunque aprendemos a superar muchas cosas, nos da una mira, un allá, un tener que escalar, subir. Y si caemos, tenemos que volvernos a levantar” (Rangel 2019, entrevista personal). Igualmente, las redes transnacionales tejidas surgen como otra expresión de la esperanza. Al respecto, Maryll me relata que tiene gente en Canadá, Colombia y otros países, que es más ella misma llegó a Ecuador porque acá estaba una muy buena amiga ecuatoriana que conoció en Venezuela porque estudiaba allí, y que eso le ha hecho cambiar la noción del mapa. Le ha hecho notar que hay muchos puntos donde puede conectar: “Pensar que puedo irme a cualquier lado. Tengo rutas, tengo ese constante si no es allá, es en otro lado, aunque ya no es de donde vengo” (Noguera 2019, entrevista personal).

Asimismo, Roxy me menciona que toda su familia está pasando por lo mismo que ella: “Mi hermano está en Perú, mi hermana en Dominica, mi papá y mamá que son viejitos están en Venezuela, la familia paterna de mi hija Alondra están en Argentina” (Marval 2019, entrevista personal). La vida familiar transnacional implica el convenir y socializar a larga distancia en diferentes contextos sociales y culturales. El desplazamiento migratorio, cuanto menos, duplica el territorio del sujeto y le ofrece o lo condena a hablar desde más de un lugar. Sin embargo, los migrantes están simbólicamente y materialmente “múltiplemente situados”. Las nuevas tecnologías de comunicación les permiten estar allá y acá simultáneamente. Tanto sus afectos, que también tienen una densidad material porque crean espacio, como sus rostros y voces se densifican a través de pantallas.

De igual forma, los estudios de parentesco transnacional documentan el modo en que las redes familiares constituidas a través de las fronteras están marcadas por el estatus y las tensiones entorno a quienes envían y a quienes viven de las remesas. Igualmente, para tratar los estudios sobre la migración transnacional, requerimos dejar de lado el “nacionalismo metodológico” o, en otras palabras, la tendencia a aceptar al Estado-nación y sus fronteras como un elemento dado en el análisis social (Levitt y Glick Schiller 2004, 65). Los Estados-nación son extremadamente sustanciales, pero la vida social no está confinada a sus límites. Los movimientos sociales, las redes delictivas con sus economías paralelas y los regímenes gubernamentales operan por medio de las fronteras, entonces, los Estados-nación ya no pueden ser concebidos como contenedores. “Las redes de migrantes son vistas como constituyentes de un único campo social generado por una red de redes” (66).

Los sujetos que permanecen mantienen relaciones sociales por encima de las fronteras, mediante diversas formas de comunicación. Las redes dentro del campo conectan a la gente que carece de conexiones directas o relaciones transnacionales, pero que reciben beneplácitos indirectos como ideas, objetos y remesas colectivas dentro de su campo de relaciones sociales (Levitt citada en Levitt y Glick Schiller 2004, 67). Por ejemplo, una perspectiva transnacional puede ayudar a explicar datos contradictorios sobre las actitudes y acciones políticas de los migrantes. Una persona puede tener muchos contactos sociales con la gente en su país de origen, pero no identificarse como alguien que pertenece a su terruño. Finalmente, sí es cierto que el afecto conecta individuos, espacios y eventos, desorganiza y desnaturaliza el estatus quo e interpela imprevisiblemente a la creatividad del cambio y la resistencia.

2. Lo extraño familiar

La asociación de sentimientos de pertenencia y no pertenencia con la experiencia migratoria atañe a todos los migrantes. No obstante, no todos los migrantes están insertos de la misma manera en la sensación de extranjería y sus respuestas emocionales. La posición económica, el status legal, el rol social, la estabilidad geográfica, entre otros, son algunos de los factores que influyen en estos procesos. De la misma manera, el afecto surge como una manifestación intersticial que incita o paraliza nuestro movimiento, según Moraña (2012). Al tiempo que marca la pertenencia con respecto al mundo de encuentros y desencuentros que habitamos y que, de diversas maneras, nos habita. En tanto, pretendo reflexionar sobre los imaginarios de la migración, el sentido de otredad, las metáforas del deseo y los lugares sin nombre.

La producción de subjetividad en el capitalismo tardío se articula al poder- deseo, cuerpo-afecto, espacio-tiempo con valor-mercancía (Moraña 2012, 327). Particularmente, la función del afecto es constituir lo social y configurar lo político. Entonces, prescindiendo del tema de las emociones, sentimientos y pasiones, ¿cómo daríamos cuenta de las reacciones que desata el recelo al “otro”?, ¿cómo interpretaríamos el odio, ansiedad, inseguridad, deseos de pertenencia, solidaridad y demás fuerzas que atraviesan las ciudades de nuestro presente? El “giro afectivo” implica una entrada distinta en el tema de la diferencia, ya sea intersubjetiva, intercultural o entre subjetividad y materialidad, donde se articulan el afecto y los espacios de socialización. Así, la virgen “arrecha”, el *neceser*, entre otros, se convierten en ámbitos por los que transitan formas inorgánicas de transmisión del afecto que rebasan la lógica de lo nacional, lo político, lo social; categorías modernas que existen sólo afantasmadas en los escenarios globalizados (Moraña 2012, 327).

En este sentido, cruzar una frontera es como mirarse en un espejo. Reconocer la otredad es un ejercicio difícil, muchas veces doloroso. Muchos migrantes viven en sus procesos de adaptación distintas formas de discriminación, porque son el blanco del dedo que apunta, las miradas con desparpajo y los comentarios que agreden. De esta manera, al consultarle sobre lo que le ha parecido extraño en su viaje migrante, Roxy sentencia: “La extraña soy yo. He aprendido a ser más fuerte, pues no toda la gente te quiere. Hay mucha xenofobia, gente que dice que te vayas a tu país y que no haces nada acá. La migración me ha aportado la fuerza, el valor. Me ha hecho una mujer de fundamento” (Marval 2019, entrevista personal). Asimismo, por ejemplo, Sonia recuerda: “Al inicio,

cuando trabajaba en Cumbayá, estaba rodeada de mucha gente de “la alta” que denigra a las personas. No te hablaban, tú les podías hacer una pregunta y no te respondían. Eras invisible y eso era muy doloroso” (Rangel 2019, entrevista personal).

Igualmente, siguiendo la línea de lo que se siente extraño, Maryll manifiesta: “Nada me parece familiar, la gente es muy desconfiada y reservada, no se abre muy rápido [...] Yo pregunto mucho y me ven como que fuera metida. [...] Te hablan del clima y la hora, pero no hacen preguntas personales. Nosotros somos de echar broma, eso sucede aquí, pero después de mucho tiempo” (Noguera 2019, entrevista personal). El migrante vive la expectativa de la otredad, pero también se siente parte de ella. La figura del “otro” tiene una carga semántica negativa, genera rechazo y resistencia. El espectáculo contemporáneo crea un “otro”, una otredad casi siempre externalizada al sujeto. Revela fijaciones, tipificaciones, encuadramientos de un otro específico, singular, material. En palabras del filósofo e investigador argentino Carlos Skliar (2012), “cada vez que se escribe “otro” reaccionan inmediatamente la filosofía del ser, las psicologías del “yo”, las políticas de la confrontación vacía, las pedagogías que pretenden a toda costa hacer equivalente la diversidad a la alteridad” (180).

Las sociedades tienden a percibir a los “otros” como lo diverso. En este sentido, la diversidad se vuelve sinónimo de la desigualdad y del exceso de alteridad. Sin embargo, la diferencia tiene que ver con quien ve y nombre. Por lo tanto, no está “en”, sino “entre”, su sentido es relacional más que esencial. La diversidad debe contribuir a borrar la violenta frontera entre el “nosotros” y el “ellos”. Así, se requiere detener el ejercicio descriptivo de una determinada exterioridad compulsiva. Todo escenario humano muestra diversidad, “nosotros” mismos somos diversidad. No basta con describir una exterioridad, sin ser capaz de percibir una propia interioridad. Tal como lo pronuncia Skliar (2012), no hay arquetipo ni homogeneidad, todas somos diferentes y diferimos de todo, no solo de particularidades. Entonces, nos queda abrirnos al encuentro con lo que difiere de una y de sí (186).

¿Quién soy yo ahora mismo?, ¿quién es verdaderamente el “otro”: ellas o yo? Mientras mantengo las conversaciones con mis interlocutoras me repienso a mí misma y mi historia frente a la presencia migrante. Cavilo sobre la interrupción de mi familiaridad y sobre la extranjera, el “otro”, que habita en mí. Ante esto, me acuerdo lo que Alexandra me comentaba sobre las cenas que hacía con las mujeres venezolanas previo a ponerse la arepera: “En las cenas ellas dejaban de ser migrantes venezolanas. Eran invitadas a compartir, a intimar. Mis amigos conversaban con ellas y lo que pasaba ahí era magia

pura. Empatizar y acercarte, para después tomar un posición no sesgada ni alejada. Conectarse” (Maldonado 2019, entrevista personal). De la misma manera, Maryll me enfatiza: “Esto nos está dando una lección de humildad. Nos ha enseñado a saber lo que se siente estar en el zapato del otro” (Noguera 2019, entrevista personal).

En este sentido, la diversidad está alterizada y no autorizada a ser jamás “cualquieridad” (Skliar 2012). Es decir, existe una imposibilidad de ver al “otro” como cualquiera o cualquier otro. Hay una separación. En las anteriores palabras de Alexandra de *Las Reinas Pepiadas*, podemos apreciar la potencia de devolver a los “otros”, en palabras del mismo Skliar (2012), su “cualquieridad” y “cada-unicidad”. Los migrantes representan una amenaza porque se los considera como los que vienen a ocupar un pedazo del país, los que quitan el empleo a los locales, los que traen costumbres que desentonan, los que huelen distinto y los peligrosos. No obstante, estos atributos ampliamente negativos responden a la necesidad de las sociedades de encontrar un “chivo expiatorio” de sus propios males.

De acuerdo con el filósofo francés René Girard (1995), en sus reexaminaciones del mito y el ritual sacrificial para mejorar las posibilidades de las relaciones sociales, las sociedades como las nuestras descargan sus animosidades y estigmatizaciones en contra de cuerpos emblemáticos por su vulnerabilidad casi extrema y su posición desmejorada: el inmigrante, el viejo, el indígena, el pobre, el discapacitado, entre otros, según las circunstancias histórico-sociales y la capacidad de atracción efectiva de la violencia espontánea¹⁵. En tanto, se convierten en víctima potenciales en momentos de crisis sacrificial. Así, podemos observar como en la violencia opera una cierta racionalidad, una estrategia de reproducción del sistema que tiene el control de los cuerpos, donde se simboliza el poder.

Girard (1995) rechaza las ideas freudianas de pulsión, instinto o *thanatos* para explicar el origen de la violencia. Entonces, la expone como dos deseos que convergen en un mismo objeto. Por lo tanto, los deseantes se presentan como dobles. En esta misma línea, estos personajes marginados no hacen nada más que poner, metafóricamente, un espejo o rostro no deseado a la sociedad misma con los rasgos que repudian y temen: la

¹⁵ A propósito de uno de los diálogos con Sonia, su hijo que trabajaba en Imbabura en enero de 2019, momento en que ocurrió un mediático feminicidio perpetrado por un ciudadano venezolano, me habla sobre sus compañeros y las presiones que enfrentan para el reclutamiento y explotación laboral en la minería ilegal en un sector de esa provincia denominado Buenos Aires. Así, queda manifiesto que los cuerpos migrantes, tanto masculinos como femeninos, están expuestos sin distinción al ejercicio de la subordinación y violencia.

exclusión, la vejez, la diferencia racial, la miseria, la indiferencia, entre otras. Ellos pueden encarar, simultáneamente, el veneno que a la sociedad espanta y el antídoto que la salva. Asimismo, cabe manifestar que Girard (1995) apela por un conocimiento de la función social del pensamiento mítico para aplacar la brutalidad sin límites de un violencia no domesticada y gratuita.

Por otra parte, la otra cara de este devenir es la aceptación, la posibilidad de aceptar los cambios y encontrar aceptación. También, la adaptación a un contexto distinto, un proceso de adaptación de la diferencia y una identificación de lo común. Así, por ejemplo, Maryll me cuenta que lo familiar para ella en estas tierras fue la historia de desamor y violencia. La relación con su pareja venezolana con quien migró acabó en Ecuador por un tema de abuso y violencia económica y, posteriormente, la relación con una posterior pareja ecuatoriana terminó por una experiencia de violencia doméstica y física. La vulnerabilidad y la vida amenazada se convierten en un triste denominador común.

Igualmente, surgen la propia autorización y la liberación de la búsqueda de reafirmación en otros. Maryll expresa: “Como mujer la migración me ha dado un conocimiento profundo de mí misma. Una se plantea metas, pero también descubre que éstas pueden estar en el camino. Estar en el tránsito, no en el destino. Me ha ayudado a estar conmigo” (Noguera 2019, entrevista personal). Además, Roxy comenta: “Bueno desde que salí hace 6 años de mi país, salí con una meta y se me desarrolló otra. La migración me ha aportado a tener esa fuerza y esas ganas de salir adelante” (Marval 2019, entrevista personal). También, Nany manifiesta: “Antes también trabajábamos en catering y también hacíamos de todo, vender café, avena en la calle. Nunca hemos sentido ni un poquito de pena, siempre y cuando sea sin hacerle daño a nadie” (Morales 2019, entrevista personal). Por lo tanto, lo familiar es el reconocimiento de la contingencia.

Asimismo, otro aspecto familiar está en la vinculación intersubjetiva. Al respecto Sonia comenta: “La gente es lo que a la par se me ha hecho extraño y familiar. En este ambiente (el salón de belleza) vienen personas de todas partes y áreas del Ecuador. Gente que nos aconseja, nos agrada con sus gestos y amistad. Vienen con ese cariño, un abrazo de madre, de hermana, de eso que dejamos allá en Venezuela. Eso yo lo he sentido aquí” (Rangel 2019, entrevista personal). Además, Roxy expresa: “El país como tal se parece al mío o a Colombia querida mi segunda tierra, que me brindó una gran oportunidad y me dolió desprenderme, en el sentido que hay gente muy buena, que te da la mano y te ayuda. En mi país también es así. Son muy solidarios, aunque la gente lo esté pasando muy mal.

Dicen que los colombianos no son tan buenos, pero para mí son unas grandes personas” (Marval 2019, entrevista personal). Adicionalmente, Maryll me cuenta: “Mi amiga ecuatoriana me recibió y me ubicó en la casa de su ex. Él fue un muy buen tipo, me recibió, me dio la bienvenida y un cuarto. Me dijo toma aquí está la llave de, la ahora, nuestra casa” (Noguera 2019, entrevista personal).

De este modo, “el afecto es el límite del poder porque no tiene límites” (Ben Anderson citado en Moraña 2012, 166). Es una fuerza dinámica, inacabada, abierta, exterior, inestable. Integra la consolidación de los biopoderes y las formas de control social que los imponen, tanto como las estrategias de resistencia que los desafían. El afecto se mueve entonces entre los extremos del control y el exceso (324). Por esta razón, “el afecto es una amenaza para el orden social” (Beasley-Murray citado en Moraña 2012, 326). En otras palabras, tiene una cualidad subversiva y emancipatoria, consecuentemente, una nueva forma de leer lo político sobre todo opuesto al “aparato de captura” del Estado.

Las condiciones globales de migración y desplazamiento exigen también su presencia y uso en espacios diferentes, a menudo transitorios. Estos lugares sin nombre son los que guardan los recuerdos que no se recuerdan y las cosas que no se guardan bien. Son sitios que representan un paréntesis entre aquí y allá, la vida y la muerte, la visibilidad y la invisibilidad, la legalidad y la ilegalidad. Los viajes de migración están llenos de estos terrenos que asemejan países provisorios: el desierto, el mar, el techo de un tren, el borde de una carretera, el interior de un bus, el borde de una carretera y muchos más. En este contexto, Roxy recuerda la frontera, el bus y la maleta:

Viajé solo con 20 USD, que me regaló un amigo que trabajaba en barcos. Llego a la frontera y me encuentro colas terribles, me demoré 3 días en sellar mi pasaporte, porque quería entrar legal, debido a la gran cantidad de gente. Viví muchas penurias para pasar la frontera. El ambiente era terrible y yo sola. Parecía un perrito de la calle que no sabe para donde coger [...] En los 3 días que esperé me hice amiga de unos 3 guardias que estaban allí. Ellos lograron montarme en un bus bolivariano hasta Bucaramanga sin pagar pasaje porque ya no tenía dinero [...] Metí todos mis años en esa maleta para viajar. Mi “maletica” con cosas básicas: un desodorante, un cepillo de dientes, dos pares de zapatos, dos blue jeans, unas 5 camisas y las fotos de mi familia [...] Y si pienso irme sería en bus porque no pienso dejar mis cositas, mis implementos. De verdad que, aunque me salgan mucho más baratos los pasajes de avión, no voy a dejar mis objetos porque son esmaltes inflamables y cortopunzantes. Forman parte de mi vida, han estado conmigo siempre. Y son objetos, que alguien puede decir que puedo comprarlos en otros sitios. Y quizás si pueda, pero esos son los viejitos, los que están conmigo y los que me han dado para llegar acá. (Marval 2019, entrevista personal)

De acuerdo con Latour (2001), nuestras formas de acción, pensamiento y humanidad resultan alteradas, traducidas y desplazadas en nuestro entrelazamiento con los objetos. Por ende, no somos las mismas antes y después de las cosas. En la asociación con ellas resultamos mutuamente transformadas, cada día condicionan las posibilidades de nuestra existencia. Tal es el caso del trabajo de Judith Boruchoff (1999), que estudia la circulación de objetos entre migrantes en Chicago-USA y sus familias en Guerrero-México, donde explica la manera en que los objetos mantienen presencias, porque “facilitan la incorporación de experiencias y localidades diversas en un orden conceptual coherente” (5) y permiten “construir continuidades entre las dispares experiencias y lugares de los cuales forman sus vidas y sus mundos” (11). En definitiva, las materialidades crean un sentimiento de comunidad en el espacio transnacional.

Al volver a la idea de espacios simbólicos, es pertinente señalar que estos puntos ciegos determinan un medio camino entre ser ciudadano del mundo y no existir. En este orden, mis interlocutoras me hablan del país de origen, de un local, de la diferencia entre ciudad (centro) y valle (periferia), y de un departamento de alquiler. Entonces, Sonia expresa: “Venezuela no se va a arreglar de la noche a la mañana y, hasta que Dios lo permita, estaré aquí. Les pido a mi familia que vengan y me ayuden porque yo sola no puedo. Mis padres se enferman allá, los medicamentos no se encuentran, lo que se manda no se alcanza. Con la decisión de viajar he hecho un cambio en mí misma. Yo sé que es un largo recorrido que nos toca aquí” (Rangel 2019, entrevista personal). De la misma manera, comenta sobre su vivienda:

Alquilé un apartamento, que sola no puedo arrendar, entonces tengo habitaciones alquiladas a venezolanos y con eso nos ayudamos todos. Como yo daba clases allá en la academia, la gente sabía que me vine y me escribían diciendo “deme trabajo” [...] Acá están ahora muy duros, no me les dejan trabajar a ninguno si no tienen los papeles. Y qué hago yo, me podrían hasta cerrar el negocio. Aquí lo que hay que hacer es abrir puertas. [...] El problema es que la mayoría que viene no tiene papeles, no cuentan con los requisitos, están como turistas y entonces se les hace difícil todo. Ahí vamos, yo y mis hijos si estamos legales. Y bueno queriendo crecer más. (Rangel 2019, entrevista personal)

También, Sonia habla sobre su local:

El local tiene 1 año y 3 meses. Mucho esfuerzo y constancia. Para empezar mi sobrina me prestó el dinero para alquilarlo, le fui pagando poquito a poco. Compré una silla y una lava cabeza, los espejos los compré a plazos. También los dueños de acá me prestaron la mesa, el estante y el sillón. Dándole gracias a los ecuatorianos porque ellos son los que nos alimentan. Y tratándolos lo mejor, ganándose el cariño, porque aquí yo me he encontrado excelentes personas que me han tendido la mano. Unas cosas he comprado y otras me han regalado, pero sí creo que vivo de una manera cómoda y con un techo seguro. (Rangel 2019, entrevista personal)

En los contextos frágiles, donde se reúnen grupos e individuos que han tenido que dejar su lugar de origen, confluyen experiencias traumatizantes, pero también confluye una riqueza de lenguas, culturas y tradiciones distintas que pueden recogerse y contenerse a través de contar y leer historias. Es decir, se crea un “tercer espacio” o “espacio entre-medio” (Bhabha 1994), que son lugares liminales que permiten establecer sendas entre unas cosas y otras. No se define como un territorio de integración, sino como un ámbito en disputa. En este sentido, lo que ocurre allí es siempre una pugna en términos culturales e identitarios. Consecuentemente, es una “realidad otra”, que no aparece en el continuum temporal – espacial de la historia.

Los espacios “entre – medio” generan intercambios en el lenguaje, los valores y las creencias y lo que implica pertenecer a dos o más culturas. En esta línea, tanto Sonia como Maryll rememoran como la propia ciudad de Quito fue vivida de forma diferente en tiempos distintos:

Hoy estuve en Quito. No me gusta ir allá. Siento que aquí en el valle, yo me familiarizo más y siento ese calor, como si estuviera en Venezuela. Y yo voy a Quito y ese me reta. Me duele. Y siento que me quiero ir a Venezuela. Quiero soltar eso porque me hace daño. Llego al valle y me calmo. Es debido a todo lo que pasé en esos lugares. Fueron días de caminar bajo la lluvia, sola, días de no encontrar trabajo, de estar sola en una casa con frío. Fueron días que no tenía un celular para comunicarme con mi familia. Todo era extraño, a pesar de que tenía gente a mi alrededor. No me encontraba. Y empecé a ir a iglesias cristianas para llenar espiritualmente ese vacío. La espiritualidad me ayudó mucho. El valle, la gente, la casa me hacen sentir que puedo ser yo. En Quito me sentía como que no era yo, que dependía mucho de mi círculo y entorno. En cambio, aquí yo soy yo, yo hago, yo busco, yo me desenvuelvo. (Rangel 2019, entrevista personal)

De esta manera, podemos ver que para Sonia la espiritualidad y la ruralidad de uno de los valles que rodean a Quito se vuelven ese “tercer lugar”. Por su parte, Maryll explica:

Cuando yo llegué trabajaba mucho, solo trabajaba. Yo no conocía la ciudad, ya como estudiante es que empiezo a conocer. A transitarla y experimentarla. La migración para mí es una aventura. Una expectativa. Mi vida siempre ha sido improvisada, pero ahorita entendí que hay que tener un plan, una ruta para sentirme estable. (Noguera 2019, entrevista personal)

Luego, por medio de estos testimonios apreciamos que un lugar sin nombre se convierte en un territorio para el encuentro con el “otro”. Parecen lugares de transitorios, físicos o intangibles, que nos pueden devorar. Ponen a prueba lo mejor y lo peor del ser humano. Finalmente, las historias contadas ayudan en la exploración de los contextos y las identidades personales, permitiéndonos ir más allá de éstos para formar conexiones.

Los relatos ofrecen la posibilidad de formar nuevas ideas sobre los “otros”. Estas representaciones nos ofrecen un espacio seguro desde donde hacer nexos con nuestra vida y cultura.

3. Del “sujeto” de cultura a la agente de cambio histórico

El nomadismo de cuerpos y energía productiva, la desterritorialización y reterritorialización de individuos y proyectos, la confusión de lenguas y las hibridaciones culturales convergen en procesos de intercambio y revalorización permanente en los que las coordenadas identitarias de pertenencia y socialización son puestas en suspenso y resignificadas. Las lógicas a través de las cuales un conglomerado humano que se asienta en un territorio ajeno al de su origen, superpone, por así decirlo, una serie de identidades difusas y dislocadas, que no siempre logran establecer una memoria compartida, en la medida que mantienen vigentes una serie de referentes culturales y territoriales anteriores (Córdova 2005, 86).

La configuración cultural, indistintamente de la persona o sociedad, es compleja, porque sus manifestaciones son cuestionadas constantemente, especialmente en los tiempos actuales caracterizados por la fluidez. La dialéctica se hace presente estimulada por una gran diversidad de demandas subjetivas y prácticas sociales, es decir, por interrelaciones inconmensurables. De esta manera, el discurso cultural implica ser un sujeto contingente e histórico. En este contexto, emerge el problema de la subjetividad y la posibilidad concreta de devenires accionales. La crítica al “sujeto” de cultura da paso a la concepción de agente de cambio histórico.

Entonces, resulta necesario tensionar las construcciones universalistas para posibilitar el reconocimiento de las diferencias. La pregunta identitaria coincide con el problema colonialista de separar, alienar o disminuir los cuerpos de las opciones disponibles. En tanto, a la par, revela la oportunidad de desanclar esos mismos cuerpos de las fijaciones, estancamientos e inmovilidades. Por lo tanto, se los asume como objetos y sujetos de una enunciación y práctica expansiva de selecciones sociales, que parten de la sociogenia, entendida como la configuración de la psique individual a partir de los condicionamientos sociológicos. Por consiguiente, este concepto revela asimismo el cambio y la insurgencia. El sujeto navega en la estructura social, ya sea para sucumbir a sus imperativos o para distorsionarlos o modificarlos activamente (Fanon 1952, 302).

El proceso antes mencionado establece una política de reconocimiento de la propia subjetividad. La cultura se convierte así en un lugar de supervivencia donde los desplazados que arriban con una humanidad rota pueden comenzar una relación viva con el mundo que los rodea. Frente a esto, la reconstrucción de la idea de diferencia requiere concienciar sobre el carácter constructivo de la cultura e inventivo de la tradición. Dicho de otra manera, necesita tanto un cambio de contenidos y símbolos culturales como un reemplazo del marco temporal de sus representaciones. En este contexto, podemos decir que la cultura como estrategia de supervivencia es transnacional y traduccional (Bhabha 1994, 212).

Por un lado, notamos que las representaciones también deforman, puesto que quienes las crean tratan de apoderarse de las palabras, pensamientos y experiencias de los lugares, reales y simbólicos, en los cuales habitan. No obstante, es importante aclarar que las personas inciden en la invención de la existencia. La articulación de la identidad, a partir de la significación, se va configurando en una constante relación del sujeto consigo mismo en el devenir histórico. Entonces, las identidades son contingentes. La demanda y el deseo se entrecruzan repetidamente en el proceso de identificación y subjetivación. Al respecto, en el recuerdo de un gesto muy sencillo Roxy encarna una voluntad y un accionar: “Llegué a Bucaramanga, era lo más cercano. Cuando el bus dice “Bucaramanga, parque del Agua”, yo agarré y me bajé. Yo le pregunté al chico, “¿esto es una ciudad de Colombia?”. Me contestó “sí” y me bajé. Nadie me dijo, quédate o sigue o nada” (Marval 2019, entrevista personal).

El deseo, de acuerdo a Spinoza, constituye junto a la voluntad la base misma de lo humano, dado que su función es preservar el ser. Es una fuerza latente que se dispara al ser inducida por afectos que determinan la capacidad de acción del cuerpo, aumentándola o reduciéndola, y que conjuntamente con la conciencia del individuo devengarán estados transitivos donde el sujeto actúa o pasivos donde el sujeto es actuado (Spinoza citado en Trigo 2012, 44). Entonces, ¿cómo entender, sin incorporar el tema del afecto, formas de subjetividad tan dispares como las del sujeto migrante, las culturas de frontera, las diversas formas de hibridación social que plantean alternativas intermedias?

La idea de sujeción, también, se vincula con la perpetuación del deseo insatisfecho como estrategia de control social, por ejemplo, a través del valor simbólico- emocional de las mercancías. Según Trigo (2012) existe una nueva economía político-libidinal, mayoritariamente capturada por el capital, que conlleva a una transformación radical de la subjetividad que afecta por igual la psiquis individual y las instituciones sociales (39).

Por su parte, los afectos permiten explorar lenguajes y estrategias de representación, dimensiones locales y flujos transnacionales, donde el territorio originario (nacional, lingüístico, afectivo) se pierde y se recrea de manera incesante. En este contexto, Roxy reflexiona sobre sus propias transformaciones:

La migración ha cambiado mi historia, toda, completa. No eres tú, no eres lo mismo. No está tu mamá allí, no está nadie. Ha cambiado mi historia porque me ha enseñado a madurar, ser fuerte y luchar por algo. Ha cambiado la historia de mi hija, que antes tenía una infancia normal. Ahora con el cambio de país mi hija no tiene amiguitos, no se acostumbra al colegio. Alondra se queda en casa y limpia, me espera en la noche. No tiene una infancia normal como la tuve yo y muchos de los niños a los que su mamá les hace todo [...] Ahorrar, darles más valor a las cosas, eso ha cambiado. (Marval 2019, entrevista personal)

La identidad personal no es una sustancia, sino un sentimiento y, por lo tanto, no podría darse de otra manera que en la pluralidad de las resonancias de la experiencia. La emoción nace de la evaluación de un acontecimiento, entonces, “el individuo contribuye a la definición de la situación, no simplemente la sufre” (Le Breton 1998, 112). Así, lo que hacemos es “rebasar los parámetros de la razón instrumental para las intrincadas sendas del deseo y las transformaciones radicales de una subjetividad sujeta a los cambios tumultuosos del mundo real y a sus proliferantes virtualidades” (Moraña 2012, 335). A través de los diálogos con las mujeres migrantes, queda en evidencia que la decisión y la experiencia migratoria agencia cambios profundos en su subjetividad, su entorno inmediato, el país de origen, el lugar de llegada, entre otros. Así, Sonia da a conocer:

Nada está perdido, tenemos hijos, nietos por quien luchar, familia por quien seguir adelante y por nosotros mismos, por nuestra salud y mejor vivir. Nos tocó y el Ecuador nos recibió con los brazos abiertos. Tenemos que dar lo mejor de nosotros. Hoy esto se convirtió en una tragedia, pero mañana va a ser historia. Nos queda el día de mañana contarle paso a paso a nuestros nietos esto para que ellos vean que nada es fácil en la vida, todo lo bueno se logra con lucha, méritos y esfuerzo. La vida continúa, nada está perdido [...] Teníamos una Venezuela tan rica, yo no sabía lo que era decir “estos zapaticos los tengo que estirar porque se me van a romper”. Aquí aprendí el valor de cada cosa, a tener las cosas buenas y el derecho a un buen vivir [...] Yo me siento una mujer que puedo y que no, necesariamente, tengo que tener un compañero a lado. Mi meta es seguir adelante con mis hijos y que ellos vean lo mejor de mí: el respeto, no caer. Mi familia cuenta conmigo. (Rangel 2019, entrevista personal)

El abandono de los sistemas convencionales de clasificación humana consiente en acercarse al tema de la frontera, expresión real y metafórica del “espacio entre - medio” en el que proliferan los afectos y se tensan radicalmente los procesos de subjetivación y socialización. De este modo, creemos que la cultura “traduce, disemina, diferencia y se presenta cada vez más intertextual, interracial e interdisciplinaria” (Bhabha 1994, 219).

De tal modo, el saber histórico se pone en movimiento. Lo que interesa es que los espacios de enunciación no sean definidos en polaridades. La estructura referencial se vuelve un proceso ambivalente y el espejo de la representación se destruye. Estos espacios contradictorios de la enunciación garantizan que el significado y los símbolos de la cultura no sean esencializados.

Específicamente, sobre la construcción de identidades dentro de los flujos migratorios contemporáneos, el contacto de culturas es un proceso interactivo, no unidireccional, rechazando una visión colonialista de aculturación. Luego, alineadas con el economista indio Amartya Sen (2007), partimos de una perspectiva aditiva o sumativa de las identidades, es decir, entendemos que los individuos están involucrados simultáneamente en identidades de diversas clases en contextos dispares, que surgen de sus orígenes, asociaciones o actividades sociales. Las identidades se conciben más por acumulación que por exclusión. Es decir, las personas pertenecemos a muchos grupos diferentes y cada una de estas colectividades nos da una identidad potencialmente importante.

La noción reduccionista de “filiación singular”, que apela por suponer la pertenencia a una sola colectividad, está siendo desmontada para recuperar las complejidades de los grupos plurales y las múltiples lealtades. Existe la posibilidad de priorizar las lealtades a diferentes grupos sociales de pertenencia, a pesar de la evidente presencia de restricciones. La identidad es coyuntural, pervive como invención política, cultural o táctica local. Tanto cultura como identidad son móviles. Por consiguiente, la cultura aparece como códigos y artefactos susceptibles a la recombinación crítica y creativa. Por ende, la identidad es vista como una política, más que como una herencia, aunque no se debe desconocer la tensa interacción entre estas dos fuentes.

La operación de resignificar objetos y reelaborar identidades no es un fenómeno pasivo, al contrario, resulta una operación enérgica y gestante, donde diversos espacios y tiempos son activos y contribuyentes. Es muy interesante vislumbrar cómo las transmutaciones culturales complejas implican procesos de aportación recíproca, donde emerge una nueva realidad, compuesta y compleja, que no es una aglomeración mecánica de caracteres, ni si quiera un mosaico, sino algo original e independiente. La suerte de “elección” identitaria no es voluntaristas, sino históricamente condicionada, sin caer en escenarios asimilacioncitas con una antes y un después. No obstante, la identidad político-cultural constituye un procesamiento de elementos históricamente dados —raza, cultura, clase, género y sexualidad— cuyas múltiples combinaciones pueden aparecer en

diferentes coyunturas (Clifford 1994, 64). Luego, reconocemos en los individuos una cierta agencia o capacidad de actuar independientemente, huyen, escapan e intentan definir la identidad a través de una multiplicidad de condiciones.

En la actualidad, identidades políticas se cruzan con identidades étnicas; identidades regionales y locales se interponen como significativas; identidades religiosas marcan a una gran parte de la población mundial; identidades ideológicas, políticas, culturales diferencian y unen a pesar de las fronteras estatales; identidades gremiales trascienden grupos regionales y estatales; y, fundamentalmente, identidades migrantes y apátridas que reportan construcciones en medio de dos o más sistemas de referencia, entre distintos códigos culturales. Por lo mismo, los migrantes están entre múltiples culturas, agrietándolas, escindiéndolas, están impuros, contaminados y gestantes. Esto supone admitir que las personas no solo son la afirmación de un conjunto de rasgos fijos y perennes, sino más bien el producto imaginado de un “nosotros” diverso.

Adicionalmente, para evitar sucumbir en reduccionismos, la propuesta está en mirar las historias particulares o sus contextos, en medida que esto imposibilita importar nociones de identidad formadas en otros contextos nacionales. A pesar de que la globalización invita a olvidar la historia de la nación y de los conflictos característicos y emblemáticos de cada sociedad, la consideración de las realidades singulares y emergentes detonará la constitución de lo diverso (Segato 1999). En consecuencia, solo el reconocimiento de las formas de subjetivación que parten de interacciones a través de fronteras históricas interiores, evitará el exterminio de la experiencia de la alteridad de las formas históricas de ser “otro”.

Finalmente, cabe destacar la importancia de entender lo histórico como algo en construcción, inacabado y listo para ser resignificado. El pasado deja de ser un punto fijo inerte, para en cambio interactuar dialécticamente con la conciencia presente, sin dejar nunca de reconfigurarse. Igualmente, resulta fundamental revalorar los intersticios existentes en el discurso de la autoridad. Estar en la capacidad de observar aquellas imágenes creadas por el discurso autorizado, en forma de estereotipos, posibilitará desenmascarar las fijeza construidas sobre la otredad. Tenemos la tarea de descubrir algunas representaciones impuestas que han sido autoasumidas mediante mimesis o hibridez para sobrevivir, pero que esconden variadas y nuevas formas de ser y nombrar. La invitación está en esbozar un panorama consciente que evite caer en producciones ingenuas y, principalmente, agencie desde la organización y autorización propia y colectiva.

Conclusiones

Las personas y las cosas están cada vez más fuera de lugar. Precisamente, esta investigación germina del interés por desenredar este verdadero espacio de conexiones, confusiones y disoluciones culturales. El primer verso del poema *To Elsie*¹⁶ del estadounidense William Carlos Williams (1923), que además abre la introducción de *Dilemas de la cultura* de James Clifford (1998), se convierte en guía y semilla. Aquí el poeta modernista, sin mayor preámbulo, nos recuerda que “los productos puros de América enloquecen”, para representar una ruptura cultural local, una sensación de proyecto de fuga y, principalmente, un sentimiento de pérdida de autenticidad. Con una referencia y paráfrasis a esta sentencia, el título de este trabajo evoca a Williams y a su *Elsie*, descrita en los versos libres como la empleada doméstica con una “pizca de sangre india” de un hogar burgués de Jersey, que desconcierta por su hibridez y desarraigo. Por tanto, este escrito evoca también aquellas existencias mismas que suscitan incertidumbres históricas, desórdenes, complejidades y ambivalencias.

Así, desde el punto de partida, este estudio plantea la crisis de la reivindicación de cierta esencia, fuente o retorno a redimir. La opción de la nostalgia pierde su encanto en la medida que se apuntala el presente como algo que debe recrearse de modo imaginativo y no simplemente soportarse. Lo curioso de esta mirada radica en la comprensión de que los pasados tradicionales y las estructuras heredadas no solo resisten o ceden ante lo nuevo, sino que también lo producen. Tanto la figura de la mujer, su desarticulación, que sirve como sitio de atracción, repulsión y apropiación simbólica como la propia poética del escritor, afincada en un imaginismo¹⁷, iluminan estas reflexiones. En este sentido, la realidad objetiva, las cosas son las que despiertan la imaginación de quien las percibe y no al revés. Los pensamientos, la emoción y la abstracción se expresan a partir de la recreación de objetos y no previo a ellos.

¹⁶ El poema completo se puede leer en los anexos.

¹⁷ Corriente estética literaria de la poesía angloamericana de comienzos del Siglo XX, que favorecía la precisión de la imagen y un lenguaje claro, para sintetizar una imagen única desde múltiples perspectivas, revelando el influjo de la estética cubista.

Por un lado, sobre la relación entre cultura material y migración me resulta necesario apuntar que, en términos generales y vigorizando las reflexiones de Alonso Rey (2012), esta se da en tres niveles: biográfico, espacial y relacional. En lo biográfico, los objetos refieren a momentos importantes de la propia vida y posibilitan tejer historias personales y construir memorias personales, familiares, colectivas y sociales. En lo espacial, los objetos contienen espacios, puesto que enlazan o traen geografías y sitios distantes. En lo relacional, los objetos evocan personas y refuerzan la continuidad de vínculos. Asimismo, el presente estudio revela la gran dificultad de establecer una distinción analítica tajante entre sujetos y objetos. De este modo, presenta la ambigüedad entre ambos. Los seres humanos en momentos y lugares específicos experimentamos diferentes niveles de permeabilidad con el mundo material que nos rodea. Entonces, hablamos de un proceso mutuamente constitutivo.

Los objetos y los sujetos se necesitan para explicarse a sí mismos, sentirse y volverse a crear y, precisamente, lo más importante de esta interrelación radica en esa pulsión creadora. Las cosas nos conmueven y, cuando nos conmovemos, hacemos cosas (Sara Ahmed, 2018). La experimentación de un objeto en términos afectivos o sensoriales supone dirigirse a un tiempo (cuándo), un espacio (dónde) y hacia aquello que lo rodea y lo sostiene. Así, los objetos crean emociones por proximidad y todo a su alrededor se inviste del sentir que provoca. En este contexto, pienso en el deseo y la materia como dos componentes que se comunican al tiempo que se vuelven indispensables en el propósito de diseñar nuevas trayectorias en el espacio. De esta manera, me parece oportuno volver por última vez a la categoría de “objeto religador”, que he construido en este análisis, para invitar a entenderla como una noción aplicable a los diversos objetos surgidos en condiciones de movilidad y, en general, en situaciones de desintegración subjetiva y física. Aquí se evidencian usos no correspondidos a los intereses de fabricación, aquí se aglutinan “mnemobjetos”, “objetos trabajadores”, “posesiones”, “geobjetos”, “objetos pobres”, “objetos pedidos”, entre otros, para hacernos comprender que los objetos no solo migran, sino que incluso a veces se contraponen a la voluntad del sujeto, volviéndose agentes en sí mismos.

El “objeto religador” en tanto objeto de placer activa o crea otros objetos agentes. Las cosas, como medidores de nuestras pulsiones de consumo material, y los afectos son, entonces, vías de acceso a lo real, simbólico e imaginario. Son una latencia que determina las formas de dominación y los procesos de subjetivación. Considero a los objetos migrantes como equipajes de sobrevivencia para las sociedades contemporáneas en

tránsito (Ángel Hernández en Shaday Larios 2016, 337). Por lo tanto, opino que son la síntesis de ciudades y países emergentes que se autoconstruyen y autodestruyen repetidamente. En definitiva, la aparición de identidades emergentes apalancadas en la renuncia de las identidades representacionales se hace evidente en el análisis de la relación entre cultura materia y migración. De la misma manera, la proliferación de mundos virtuales, el nomadismo, el incremento exponencial de la violencia y los factores devastadores de catástrofes naturales ponen sobre el tapete el factor del afecto como un nivel ineludible para el estudio de lo social.

Por otro lado, sobre la importancia del sujeto migrante debo destacar que su paso, su presencia es la que vuelve habitable el entorno. Las ciudades y los países no son algo dado, se gestionan y construyen en plural. El espacio es aquello que queda como resultado de la mediación del cuerpo, los recorridos, los trayectos, las marcas, los relatos, las apropiaciones y los usos. El espacio es lo vivido, rememorado y practicado. A pesar de que esta investigación se centra en los relatos de mujeres, considero importante entender a los cuerpos migrantes en general como cuerpos feminizados en el sentido en que adquieren un estatus subordinando, a partir del despojo y la potencial explotación. Específicamente, acerca del nexo entre espacio y mujer, pienso que requerimos dilucidar la dimensión administrativa de los espacios sociales, que dispone ciertos usos con discursos ordenadores y disciplinadores. Así, la reticulación del dispositivo espacial es la condición que hace posible el control del cuerpo. En este sentido, el movimiento o la fuga del lugar asignado constituye la forma más evidente de enfrentarse al poder. Sin embargo, tras observar las estrategias de las mujeres migrantes, veo sumamente primordial resaltar sus formas de resistencia que más que pasar por el desplazamiento en la retícula social hacia nuevos campos de acción, activan desde esos mismos lugares en los que han sido ubicadas: la cocina, las maternidades sacrificadas, las peluquerías, la profesionalización para la autonomía, entre otros. Estas tácticas les permiten agrietar y hablar desde la precariedad como intersticio y desde cuerpos desobedientes sostenidos los unos por los otros.

¿Qué se espera de las mujeres?, ¿qué se espera de nosotras, de las otras, de todas, de cada mujer que se ha visto en una situación de vulnerabilidad? Se espera que hagan lo que sea con tal de mantener a su familia, aunque estén lejos, aunque duela, aunque sus caminos se vayan convirtiendo en un territorio difuso. Se espera que sean valientes. Y quizás con esto sí cumplen las mujeres que han decidido volver a empezar en otro lugar. Todas traspasan su miedo, porque más allá de él queda el poder de una mujer dispuesta a

todo para salvar algún resquicio de inocencia en el mundo. Escribo esto mientras repaso las últimas fotografías de Roxy ya en Buenos Aires, escribo esto mientras mi propio cuerpo se ha convertido en el blanco de curiosidad, piedad y deseo que acarrea mi nueva condición de migrante interna en una ciudad atravesada por tres ríos, mientras aprendo a cantar en coro la música de la selva, mientras debido a una oportunidad laboral trato de sobrevivir en El Coca, la ciudad ecuatoriana que es la puerta al Yasuní. Escribo esto mientras aún esperan en una maleta para ser relocalizados mis propios objetos migrantes: unas “tulmas”¹⁸ que me recuerdan a mí sin miedo, en medio de mi propio viaje por Sudamérica en bus, y a Bolaño (1976) con su “Déjenlo todo, nuevamente láncese a los caminos”, una fotografía con mi hermana menor que me recuerda nuestra juventud y otra con mi hermana gemela que me recuerda nuestra niñez como las mejores etapas que compartimos juntas, entre otros. ¿Qué se espera de las mujeres? No nos importa. Vamos a andar, vamos a huir, vamos a arremeter.

Asimismo, en lo que compete a la migración queda decir que necesitamos abordar y afrontar este fenómeno desde la concepción de un mundo integrado y unificado en sus dramas y retos. Resulta urgente insertar dicha crisis en un marco geopolítico más amplio, que permita detectar las interdependencias en torno a la vida amenazada, a partir de una mirada crítica del sistema actual. Es prioritario desplazarse hacia una gestión acertada transestatal, a través del aprovechamiento de los flujos de personas, capitales, conocimientos, saberes milenarios locales, recursos de la creatividad humana en todas las geografías. Todavía tenemos que insistir en una suerte de mancomunidad transnacional con una política conjunta, deliberada y pactada, que no tema plantearse con gran crudeza las cuestiones de convivencia, justicia y sostenibilidad.

Además, requerimos exhibir las relaciones globales y los modelos civilizatorios contrapuestos que han delineado los movimientos descontrolados. Precisamos hacer énfasis tanto en el carácter material como simbólico del despojo y en la necesidad de la reconstrucción de la memoria, identidad y sistema de valores al otro lado de las fronteras. Es decir, precisamos articular tejidos sociales que sostengan viajes circulares, que admitan partidas y retornos hacia una misma. Aunque la representación de la crisis migratoria proviene del eurocentrismo y su paradigma del desarrollo y el Estado de

¹⁸ Pompones muy coloridos realizados con lana de oveja y/o llama, autóctonos del noroeste de Argentina, Perú y Bolivia, hechos a mano con técnicas ancestrales y, originariamente, usados para decorar las trenzas de las “cholas” o mujeres con rasgos indígenas.

bienestar¹⁹, la migración sur-sur presenta todavía una ventaja comparativa: la existencia de sociedades disidentes con otros imaginarios y lógicas que posibilitan soñar y plasmar subsistencias al margen.

Finalmente, las migraciones confirman el fracaso del proyecto económico y social de la civilización, al considerar que el ideal de progreso no ha permitido dotar de paz, refugio y abundancia a los pueblos. Por lo tanto, resulta imperativo reconocer las falsas soluciones, como por ejemplo los intercambios asistencialistas y no dialógicos de algunos tipos de cooperación para el desarrollo que agravan el problema, y afirmar el poder y la agencia del colectivo, con sus formas creativas de resistencia popular instauradas en nuestras geografías periféricas, para apelar por una internacionalización de la solidaridad, un antibelicismo y unas relaciones sociales, comerciales y ambientales menos injustas.

¹⁹ Caracterizado por un “modo de vida imperial”, que han dispuesto todos los recursos en beneficio de algunas minorías.

Bibliografía

- Ahmed, Sara. 2018. *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.
- Agulló Hernández, Dolors. 2010. “La mirada antropológica a los objetos”. En *Revista Perifèria N.º 13*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Alonso Rey, Natalia. 2012. “Las cosas de la maleta. Objetos y experiencia migratoria”. En *Arxiu d'Etnografia de Catalunya, N.º 12*. Tarragona: URV.
- _____. 2015. “Emociones, objetos y sujetos en contextos migratorios”. En F.J. García Castaño, A. Megías Megías y J. Ortega Torres (eds.), *Actas del VIII Congreso sobre Migraciones Internacionales en España*. Granada: Instituto de Migraciones.
- _____. 2016. “De objetos y migraciones: hacer las maletas”. En *Ankulegi N.º 20*. Donostia: Asociación Vasca de Antropología.
- Amorós, Celia. 2013. “Sobre la ideología de la división sexual del trabajo”. En *Feminismos y anti patriarcado*. La Plata: La Calera Ediciones.
- Arshamian, Artin. 2012. “The functional neuroanatomy of odor evoked autobiographical memories cued by odors and words”. En *Neuropsychologia N.º 51*. Ámsterdam: Elsevier.
- Augé, Marc. 1992. “El lugar antropológico”. En *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Basu, Paul y Coleman, Simon. 2008. “Introduction. Migrant worlds, material cultures”. En *Mobilities N.º 3*. London: SOAS.
- Baudrillard, Jean. 1969. *El sistema de los objetos*. México DF: Siglo XXI.
- Benjamin, Walter. 1996. *Escritos autobiográficos*. Madrid: Editorial Alianza Universal.
- _____. 1982. *Infancia en Berlín hacia 1900*. Madrid: Alfaguara.
- Bhabha, Homi. 1994. “Lo poscolonial y lo posmoderno. La cuestión de la agencia”. En *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Bolaño, Roberto. 2013 [1976]. “Déjenlo todo, nuevamente. Manifiesto Infrarrealista”. En *Nada utópico no es ajeno. Manifiestos infrarrealistas*. León: Tsunun.

- Bonhomme, Macarena. 2013. "Cultura material y migrantes peruanos en Chile: un proceso de integración desde el hogar". En *Revista Polis N.º 35*. Osorno: Universidad de Los Lagos.
- _____. 2011. "Chilean Women Making Home in London". Tesis de Magíster en Cultura y Sociedad, London School of Economics and Political Science, Londres.
- Boruchoff, Judith. 1999. "Equipaje cultural: objetos, identidad y transnacionalismo en Guerrero y Chicago". En Gail Mummert (ed.), *Fronteras fragmentadas*. México: Colegio de Michoacán-CIDEM.
- Carrasco i Pons, Silvia. 1992. *Antropología i alimentación*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Castles, Stephen y Mark J. Miller. 1998. *The Age of Migration*. Londres: Macmillan.
- Classen, Constance. 2010 [1997]. "Fundamentos de una antropología de los sentidos". En *Revista Internacional de Ciencias Sociales N.º 153*. París: UNESCO.
- Clifford, James. 1994. "Culturas viajeras". En *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.
- _____. 1998. *Dilemas de la cultura: Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- Córdova, Marco. 2005. *Quito: imagen urbana, espacio público, memoria e identidad*. Quito: TRAMA.
- Cornejo Polar, Antonio. 1996. "Una heterogeneidad no dialéctica. Sujeto y discursos migrantes en el Perú moderno". En *Revista Iberoamericana Vol. LXII, N.º 176-177*. Pittsburg: Instituto Internacional de Lituratura Iberoamericana.
- Cuervo, Juan José. 2008. "Habitar: Una condición exclusivamente humana". En *Revista Iconofacto*. Medellín: UPB.
- De Certeau, Michel. 2000 [1996]. "Andares de la ciudad". En *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Dyck, Isabel y Dossa, Parin. 2007. "Place, Health and Home: Gender and Migration in the Constitution of Healthy Space". En *Health & Place N.º 13*. Ámsterdam: Elsevier.
- Fanon, Frantz. 1952. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.
- Gell, Alfred. 1998. *Art and Agency: An Anthropological Theory*. Oxford: Clarendon Press.

- _____. 1992. "The Enchantment of technology and the technology of Enchantment", En J. Coote y A. Shelton (eds.), *Anthropology, Art and Aesthetics*. Oxford: Oxford University Press.
- Girard, René. 1995. "El sacrificio". En *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- Greco, Julieta. 2005. "Modelo para amar. La construcción de la mujer en las revistas femeninas". Tesis de licenciatura en Comunicación social, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/242/181>.
- Hofer, Marlise. 2018. "Olfactory cues from romantic partners and strangers influence women's responses to stress". En *Journal of Personality and Social Psychology* N.º 114. Washington: American Psychological Association.
- Howes, David. 2014. "El creciente campo de los Estudios Sensoriales". En *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, Vol. 6, N.º 15. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Jelin, Elizabeth. 2002. "El género en las memorias". En *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Jung, Carl. 1983 [1952]. *Sincronicidad como principio de conexiones acausales*. Barcelona: Paidós.
- Kantor, Tadeusz. 2005. "El objeto pobre". En Pleśniarowicz, K. (ed.). *Tadeusz Kantor. Pisma. Tomo 2*. Wrocław y Cracovia: Zakład Narodowy im. Ossolińskich – Wydawnictwo y Centro de Documentación del Arte de Tadeusz Kantor Cricoteka.
- Kopytoff, Igor. 1986. "La biografía cultural de las cosas: La mercantilización como proceso". En Arjun Appadurai (ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México DF: Grijalbo.
- Lagarde, Marcela. 1997. *La política de las mujeres*. Madrid: Cátedra
- Larios, Shaday. 2018. *Los objetos vivos. Escenarios de la materia indócil*. México: Paso de Gato.
- _____. 2019. "Diarios de memoria material. 83 voces reunidas para comprender objetos". En *Circuito de la Memoria Material-El Solar, agencia de detectives de objetos, teatro de objetos documentales*. 27 de julio. <http://agenciaelsolar.org/diarios-de-memoria-material-83-voces-reunidas-para-comprender-objetos/>.
- Latour, Bruno. 2001. *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.

- Le Breton, David. 1998. *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión SAIC.
- Levitt, Peggy y Glick Schiller, Nina. 2004. "Perspectivas internacionales sobre migración: conceptualizar la simultaneidad". En *Migración y desarrollo N.º 3*. Zacatecas: Red Internacional de Migración y Desarrollo.
- Leyva, Xochitl y Speed, Shannon. 2008. "Hacia la investigación descolonizada: nuestra experiencia de co-labor". En *La diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de colabor*. México D.F: CIESAS y FLACSO.
- Marcoux, Jean Sébastien. 2001. "The refurbishment of memory". En Daniel Miller (ed), *Home possessions. Material Culture behind closed doors*. New York: Berg.
- Mauss, Marcel. 1991 [1950]. "Sobre los dones que se ofrecen y sobre la obligación de devolverlos (Polinesia)". En *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnon.
- Miller, Daniel. 2005. *Materiality*. London: Duke University Press.
- Money, John y Ehrhardt, Anke. 1972. *Man and women, boy and girls*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Moraña, Mabel. 2012. "Postscríptum: el afecto en la caja de herramientas". En Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado (eds.), *El lenguaje de las emociones: afecto y cultura en América Latina*. Madrid: Iberoamericana Editorial Vervuert.
- Naranjo, Marcelo. 2007. "Cocina popular". En *La cultura popular en el Ecuador. Tomo XV. Pichincha. III Parte*. Cuenca: Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares (CIDAP).
- Pagnotta, Chiara. 2014. *La migración ecuatoriana a España e Italia. Historias, memorias e identidades 1995 – 2007*. Quito: UASB.
- Paredes, Edison. 2003. *El conocimiento y la ciencia*. Quito: UASB.
- Perec, Georges. 2001 [1974]. *Especies de espacios*. Barcelona: Montesinos.
- Petridou, Elia. 2001. "The Taste of Home". En Daniel Miller (ed.), *Home Possessions: Material Culture Behind Closed Doors*. Oxford: Berg.
- Rosental, Mark y Iudin, Pavel. 2004. *Diccionario filosófico*. Santiago de Chile: Editorial Nueva América.
- Said, Edward. 2005. *Reflexiones sobre el exilio*. Madrid: Debate.
- Salazar, Richard. 2008. "Migración y Codesarrollo: una babel con potencial". En Ángel B. Espina Barrio (ed.), *Antropología aplicada en Iberoamérica*. Recife: Fundación Joaquim Nabuco.

- Sánchez Liranzo, Olga. 2005. "Hacia una arqueología más 'social'". En M. Sánchez Romero (eds.): *Arqueología y Género*. Granada: Universidad de Granada.
- Sánchez Romero, Margarita. 2007. *Arqueología de las mujeres y las relaciones de género*. Madrid: Complutum 18.
- Sedlmayer, Sabrina. 2010. "Huellas del yo: Infancia en Berlín hacia 1900". Ponencia presentada en el *III Seminario Internacional Políticas de la Memoria. Recordando a Walter Benjamin. Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti.
- Segato, Rita. 1999, "Identidades políticas y alteridades históricas". En *Revista Nueva Sociedad N.º 178*. Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert.
- Sen, Amartya. 2007. "Cómo comprender la identidad". En *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Buenos Aires/ Madrid: Katz Editores.
- Skliar, Carlos. 2012. "Acerca de la alteridad, la normalidad, la anormalidad, la diferencia, la diversidad, la discapacidad y la pronunciación de lo educativo. Gestos mínimos para una pedagogía de las diferencias". En María Eugenia Almeida y María Alfonsina Angelino (comp.), *Debates y perspectivas en torno a la discapacidad en América Latina*. Paraná: Universidad Nacional de Entre Ríos.
- Svašek, Maruška. 2012. "Affective Moves: transit, transition and transformation". En *Moving subjects, Moving objects. Transnationalism, Cultural Production and Emotions*. Oxford: Berghahn.
- _____. 2008. "Who Cares? Families and Feelings in Movement". En *Journal of Intercultural Studies*. Londres: Taylor & Francis.
- Trigo, Abril. 2012. "La función de los afectos en la economía político-libidinal". En Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado (Eds.): *El lenguaje de las emociones: afecto y cultura en América Latina*. Madrid: Iberoamericana Editorial Vervuert.
- Williams, William Carlos. 1923. *Spring and All*. Nueva York: Contact Publishing Co.
- Zaragocín, Sofía. 2017. "Interseccionalidad constituida en el espacio". En *Boletín N.º 5. Espacialidades feministas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Anexos

Anexo 1: Poema “To Elsie”

Los productos puros de América enloquecen
gente de las montañas de Kentucky
en el saliente extremo norte de Jersey
con sus lagos aislados y

sus valles, sus antiguos nombres
de sordomudos y ladrones
y la promiscuidad entre

hombres “a los que el diablo se lleve” que tomaron
ferrocarriles
por puro afán de aventura

y a los jóvenes desgredados, bañados
en la mugre
de lunes a sábado

para ser trampeados esa noche
con cacharros
de imaginaciones que no tienen

tradiciones campesinas para darles
carácter
y sólo confusión y alarde

puros harapos, sucumbiendo sin
emoción
salvo un terror aterido

bajo algún cerco de cerezo
o viburno
que ellos no pueden expresar

A menos que ese matrimonio
tal vez
con una pizca de sangre india

arroje a una niña tan desolada
tan rodeada
de enfermedad y asesinato
que sea rescatada por
un agente
criada por el Estado y

enviada a los quince años a trabajar
bajo una dura presión
en una casa del suburbio

la familia de algún doctor, alguna Elsie
agua voluptuosa
que expresa con rotos

sesos la verdad sobre nosotros,
sus grandes
desgarbadas caderas, sus pechos sueltos

listos para la barata
pedrería
y los jóvenes ricos con ojos hermosos

como si la tierra bajo nuestros pies
fuera
un excremento de algún cielo

y nosotros degradados prisioneros
destinados
al hambre y a comer porquería

mientras que la imaginación tiende
al ciervo
que va por los campos de la varilla de oro

en el calor agobiante de setiembre
De algún modo
parece destruirnos

Son sólo manchas aisladas que
algo
está despidiendo
Nadie
para atestiguar
y ajustar, nadie para conducir el automóvil

Anexo 2: Instrumento – fichas biográficas

Nombre	Edad	Estado civil	Ciudad de origen	Ocupación	Educación	Tiempo de llegada a Ecuador	Etnia/raza	Motivación de viaje	Objeto seleccionado
Maryll Noguera	30	Soltera sin hijos	Acarigua	Estudiante de maestría y dj	Licenciada en Lengua y Literatura	2 años y 6 meses	Mestiza	Experimentar y ejercer su profesión	Imagen de la virgen de Coromoto bendecida
Sonia Rangel	53	Divorciada con 4 hijos	Mérida	Estilista	Tecnóloga en Estética	4 años	Mestiza	Crisis económica y social	<i>Neceser y anillo</i>
Rossany Marval	34	Divorciada con 1 hija	Cumaná	Manicurista	Magíster en Evaluación Educativa	3 meses	Mestiza	Crisis económica y social	<i>Dremel y camisa</i>
Maye Zabala	40	Soltera con 1 hija entenada	Caracas	Cocinera	S/R	1 año	Afrovenezolana	Crisis económica y social	Almohada

Anexo 3: Instrumento – entrevistas semiestructuradas

PARTE I: Objetos, movilidad y memoria		PARTE II: Objetos, subjetividad y afectos	
1.	¿Qué cosas trajiste desde Venezuela?	1.	¿Qué significa migrar para ti?
2.	¿Cómo fue el proceso de seleccionar esas cosas?	2.	¿Con qué emociones podrías describir este proceso?
3.	¿De todas esas cosas, cuál o cuáles te parecen las más importantes?	3.	¿Por qué describirías con esas emociones este proceso?
4.	¿Por qué elegiste ese objeto?	4.	¿Cuáles son los sentimientos que más has tenido desde que saliste de Venezuela hasta que llegaste a este punto de tu vida en Ecuador?
5.	¿Cómo ese objeto llegó a ti?	5.	¿Qué es lo que más se te ha hecho extraño?
6.	¿Qué cosas nomás has vivido con ese objeto?	6.	¿Qué es lo que más se te ha hecho familiar?
7.	¿Qué se ha mantenido y qué se ha transformado en ese objeto con este nuevo ambiente?	7.	¿Crees que estás cambiando tu historia?
8.	¿Qué hiciste con ese objeto cuándo llegaste?	8.	¿Cómo estás cambiando tu historia?
9.	¿Qué cosas sueles hacer con ese objeto?	9.	¿Qué te ha aportado el viaje (como mujer, como venezolana, como latinoamericana)?
10.	¿En qué situaciones lo usas?	10.	
11.	¿En qué parte está ubicado?	11.	